

**JOHANN GUSTAV DROYSEN Y LA FUNDAMENTACIÓN SISTEMÁTICA DE
LA HISTORIA**

MANUEL SALVADOR RIVERA AGUDELO

Asesoras

Mg. Marta Cardona López
Ph.D Alexandra Agudelo López

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA
MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DERECHOS HUMANOS
MEDELLÍN
2018**

**JOHANN GUSTAV DROYSEN Y LA FUNDAMENTACIÓN SISTEMÁTICA DE
LA HISTORIA**

**Ensayo presentado para optar al título de
Magíster en Educación y Derechos Humanos**

MANUEL SALVADOR RIVERA AGUDELO

Asesoras

Mg. Marta Cardona López
Ph.D Alexandra Agudelo López

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA
MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DERECHOS HUMANOS
MEDELLÍN
2018**

JOHANN GUSTAV DROYSEN Y LA FUNDAMENTACIÓN SISTEMÁTICA DE LA HISTORIA

MANUEL SALVADOR RIVERA¹

Resumen.

El presente estudio pretende rastrear la categoría de la historia acerca de sus fundamentos, sus métodos, sus formas de interpretación, su sistemática y su enseñanza y para ello se procederá a responder las preguntas: ¿Cómo se define la historia?, ¿Qué es la historia?, ¿Cuáles son sus fundamentos?, ¿Cuáles son sus métodos?, ¿Cuáles son sus maneras de interpretar?, y ¿Cuál es su sistemática? Para la resolución de estas cuestiones se tiene en cuenta el trabajo del historiador, profesor y pensador alemán Johann Gustav Droysen, siguiendo el texto *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1983), *Lecciones* que se centran en el estudio de los aspectos históricos y filosóficos, así como los aspectos lógico-formales, aplicando en su estudio reflexiones materiales y formales. El trabajo de Droysen elevó el nivel de la metodología de la historia, dado que la Escuela de Leopold von Ranke, desde la perspectiva positivista, afirmaba que los hechos hablaban por sí mismos; a su vez, es de los primeros historiadores que insertan el trabajo de la hermenéutica en la historia.

Palabras clave: Droysen, filosofía de la historia, sistemática de la historia, metodología de la historia.

Abstract

The present study aims to trace the category of history about its foundations, its methods, its forms of interpretation, its systematics and its teaching, and for that, the questions will be answered: How is history defined? What is the history ?, What are its foundations ?, What are its methods ?, What are its ways of interpreting ?, and what is its systematics? For the resolution of these questions the work of the historian, teacher and German thinker Johann Gustav Droysen is taken into account, following the Historical text. Lessons on the Encyclopedia and methodology of history (1983), Lessons that focus on the study of historical and philosophical aspects, as well as logical-formal aspects, applying in their study material and formal reflections. Droysen's work raised the level of the methodology of history, given that the Leopold von Ranke School, from the positivist perspective, affirmed that the facts spoke for themselves; In turn, it is one of the first historians to insert the work of hermeneutics in history.

Keywords: Droysen, philosophy of history, systematics of history, methodology of history.

¹ Historiador Universidad Nacional de Colombia, Abogado, Docente universitario.

Contenido

Presentación	5
I. La Historia.	7
1. Las categorías de la Subjetividad y del lenguaje	8
2. El método en la historia	9
3. Del comprender investigando	14
4. La continuidad: categoría de la investigación histórica.....	17
II. La metódica	19
1. Formulación de la pregunta histórica	20
2. La puesta en práctica de la heurística.	21
3. Los materiales históricos	21
4. Las fuentes	22
5. Los restos	22
6. Categoría del aprehender y de la traducción	23
7. La Tradición oral y la tradición escrita.....	24
8. Hallazgo del material.....	27
III. La Crítica.....	28
1. La Interpretación.....	37
2. Formas de la interpretación	38
Conclusión:	54
Referencias	56

Presentación

El presente trabajo es fruto de la investigación *La historia: su investigación y su enseñanza*, emprendida desde 2015 para optar al título de Magíster en Educación y Derechos Humanos en la Universidad Autónoma Latinoamericana. Si bien la intención de la investigación es otro, pilar fundamental para lograr nuestro cometido fue la lectura y análisis de la obra de Johann Gustav Droysen *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* (1983)². Somos de la idea, que con esta obra se empieza a desarrollar una sistemática, una metodología y una filosofía de la historia, alejada de los postulados positivistas, tan fuertes a mediados del siglo XIX. Independientemente que compartamos o no las ideas políticas de nuestro autor, sus reflexiones sobre lo que es la historia y cómo procede el historiador, son desde entonces fuente de inspiración para los historiadores y pensadores de las ciencias humano-sociales, entre los que cabe mencionar a Dilthey, Raymon Aaron y Gadamer, que vieron en esta obra una ruptura radical con las escuelas del momento. Dilthey (1944, pp135) llegó a decir abiertamente que “Droysen ha sido el primero en aplicar la teoría hermenéutica a la metódica”; y Gadamer, en su obra capital *Verdad y Método* (1977, pp44) afirma abiertamente que “Los sentimientos empíricos de la escuela histórica no carecieron de presupuestos filosóficos. Sigue siendo mérito del agudo metodólogo Droysen el haberlos despojado de sus revestimientos empiristas reconociendo su significación fundamental”.

Así, de la mano de Droysen, a continuación vamos a exponer lo más fielmente posible, sus ideas, de modo que podamos comprender la lógica que le imprimió a la historia. Para lograr este objetivo, vamos a centrarnos en exponer cuatro (4) aspectos que, consideramos, son los fuertes en su obra: su noción de historia, la manera de entender la “metódica”, la importancia de la “crítica” en la perspectiva histórica y, por último, la introducción que hace de la interpretación o la “hermenéutica” en el hacer de la historia.

² *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona: Editorial Alfa, 1983. Es necesario aclarar que el texto está basado en las *Lecciones* que Droysen (1808-1884) daba en las universidades donde trabajó (Berlín, Kiev, Jena) desde 1835. Como lo anota Fueter (1953), para 1857 Droysen había recogido sus notas de clase y reconvertido en un texto tipo manual que repartía a sus estudiantes; era un texto con anotaciones, con ideas incompletas; una especie de guía para sus Lecciones, por lo que posteriores críticos no le vieron toda su valía. En 1883 editó una versión completa de esta obra. Siguiendo con Fueter (1953), solo hasta 1937 el nieto de Droysen, Rudolph Hubner, editó una versión completa y con notas inéditas de la mencionada obra, que es la que se reeditó luego y versión de la que se hicieron las traducciones a otras lenguas. Droysen es considerado el fundador de la *Escuela histórica prusiana*, y uno de los historiadores y políticos más connotados de fines del siglo XIX en Alemania.

I. La Historia.

Todo acontece en el presente y en la viva reciprocidad y competencia de los hombres; todo lo que ellos hacen está determinado por intereses momentáneos, personales, rivalizantes, y los actos de voluntad que en ello opera obtienen de aquí su impulso, su medida y su límite. Se puede decir que todo presente decurre en la urgencia de negocios infinitos y que cada uno de ellos condiciona a los otros y es condicionado por los otros. ¿Cómo surge la historia pues a partir de estos asuntos? (Droysen, 1983, p. 36)

Para intentar precisar una definición de la historia, así como las reglas de su procedimiento, el historiador alemán Johann Gustav Droysen (Histórica, 1983) propone tomar distancia del método de las ciencias naturales, para ingresar al ámbito de la investigación empírica, y a fin de encararla, habría que encontrar otras formas de conocimiento correspondientes al tipo de fenómenos que caben dentro del conocimiento empírico y que resultan de esta peculiaridad que deben ser adecuadas porque la historia quiere ser empírica.

En la representación de nuestras vidas encontramos la categoría historia y la usamos con un sentimiento aproximado de su significación, puesto que observamos de manera igual a como tomamos conciencia de nuestra vida porque llevamos una infinidad inmensurable de representaciones, de intelecciones, de recuerdos, de experiencias y de certidumbres "...que se refieren a cosas ya no existentes, a cosas pasadas, no como otras representaciones de lo que aún es y se puede percibir por los sentidos –representaciones y recuerdos, cuyo resumen y actualidad abarca y determina nuestro yo, es el órgano de nuestro querer y de nuestro poder ser y hacer" (Droysen, 1983, p.8).

Para Droysen el contenido de la historia está constituido por los conocimientos y las formaciones del género humano. Empíricamente producimos sistemas de signos que se combinan en nosotros como representaciones, palabras, pensamientos (1983, p. 14). El yo pensante al encontrarse inmerso en el mundo de los fenómenos, puede aprehenderse y conocerse en tanto en cuanto mantiene y desarrolla su oposición con el no-yo, esto es, con el mundo exterior. Y así, el yo pensante se puede relacionar "empíricamente con el mundo de los sentidos porque se sabe espiritualmente uno y como totalidad y resume la variedad infinitamente dispersa de fuera como en un foco." (1983, p. 14).

Ese relacionamiento de los sentidos como ese sentirse uno y la totalidad, como ese sentimiento aproximado de significación y de la toma de conciencia de nuestra vida, es que la categoría historia se entiende como la sumatoria de lo acontecido en el decurso del tiempo, teniendo como medida hasta donde puede arribar nuestro saber de lo acontecido. Estando de presente el ingrediente de la subjetividad, la cual se forma: en la sucesión temporal y en la proximidad espacial.

De tal manera que, de esa sucesión temporal y proximidad espacial, emergen las categorías del tiempo y del espacio, las cuales permiten concebir los efectos de las realidades y la

descomposición del sistema de signos, así que, el tiempo y el espacio son categorías correlativas que se relacionan como la permanencia y lo incesante, como la tranquilidad y la urgencia, como la medida y lo desmesurado, como la materia y la fuerza.

Al respecto ilustra Droysen que las “intuiciones generales de espacio y tiempo son vacías mientras no reciban un discreto contenido al llenarlas y determinarlas con la proximidad y la sucesión de los detalles. Determinar la sucesión y la proximidad significa diferenciar los detalles en el espacio y en el tiempo; significa decir no simplemente que ellas son, sino que son ahí.” (1983, p. 12) Ese estar ahí de las intuiciones generales, convierte a las categorías de tiempo y espacio en las herramientas fundantes a través de las cuales se descompone y se puede ordenar la sumatoria de todos los fenómenos: “La totalidad de los fenómenos del devenir y del progresar que se nos presentan de tal manera la concebimos como historia.” (1983, p.16)

En la medida en que los seres humanos tenemos la capacidad de ver y observar, es que nuestro mundo tiene la “marca del desarrollo progresivo de la continuidad que crece en sí”, de tal manera que el mundo humano es un mundo moral, y “lo esencial del mundo moral es la voluntad y el querer, que es individual, esto es, libre (...) El movimiento de este mundo moral lo resumimos como historia” (Droysen, 1983, p. 17), esa es la consideración de que tenemos la capacidad de ver, observar y captar los “fenómenos de nuestra percepción empírica”.

En la esfera de la vida humana se pueden encontrar elementos que son medibles, ponderables y calculables, y ellos se constituyen en el fundamento, en el “material, en el que se realiza todo ser humano hasta sus más altas y espirituales formas (...) los hombres no creamos, sino formamos y modelamos lo que natural o históricamente devenido encontramos previamente dado (...) historia en sentido eminente es sólo la del cosmos moral, la del mundo humano” (Droysen, 1983, p.17-18), va a considerar este autor que la vida en la historia es progresiva y en algunos periodos regresiva.

1. Las categorías de la Subjetividad y del lenguaje

Como podrá notarse, no es la subjetividad que pasa por la psicología, sino la subjetividad que pasa por el lenguaje escrito, hablado, gesticulado, es decir, de un sistema de pensamiento y acción humana, que se desenvuelve dentro de un tiempo y espacio geográfico, y en el ámbito de las comunidades, de los aspectos sociales, políticos, económicos y culturales. Allí, en esos contextos de desarrollo de la vida humana, es que surgen “las configuraciones y los movimientos del mundo moral a los cuales se dirige y aplica la empirie histórica son comprensibles para nosotros, (...) y son accesibles en grado creciente, (...) nosotros en cuanto percibimos (...) recibimos signos, (...) impresiones y expresiones del mismo sistema de signos con los que nosotros mismos trabajamos” (Droysen, 1983, p. 19)

Las actividades que los seres humanos hacemos en todo tiempo y espacio: percibimos, pensamos y hablamos, queremos, actuamos y creamos, se constituye en “una totalidad, una continuidad, un haber común”, porque “cada individuo es un resultado histórico (...) desde

el momento de su nacimiento, actúan sobre él factores imprevisibles de aquella gran continuidad de la empirie histórica. Inconsciente aún, recibe una cantidad de influencias de sus padres, de sus disposiciones espirituales y físicas, del ambiente, “del paisaje climático y geográfico” (Droysen, 1983, pp. 19-20)

Los seres humanos al nacer, nacemos en lo ya formado dentro de unas realidades históricas específicas: del pueblo, del lenguaje, de la religión, del Estado, de todos sus registros ya elaborados y de su sistema de signos con los que se concibe, se piensa y se habla, en todas las nociones y representaciones ya desarrolladas que son el fundamento del querer, del quehacer y del configurar. “Mediante el hecho de que cada uno se coloca en el resultado de lo vivido por su familia, por su pueblo, por su época, por siglos anteriores, por lo que ha vivido la humanidad; mediante este hecho, trabaja para ascender al nivel del presente devenido, mediante el hecho pues de que él vive con conciencia la historia y la historia vive en su conciencia (...) El mundo humano es de naturaleza absolutamente histórica.” (Droysen, 1983, p. 20-21), y este mundo, el humano, es un mundo histórico porque se vive entre el mundo natural y el mundo sobrenatural, esto es, el mundo de las sensaciones y de las percepciones, dada “su esencia sensorial-espiritual”

2. El método en la historia

La metáfora que toma el historiador alemán Johann Gustav Droysen respecto de los métodos científicos, es que ellos son como los órganos de nuestra percepción sensible porque poseen su energía específica y su ámbito determinado. De tal forma que lo que ha de interesar en el método histórico es: “el material que existe para la empirie histórica, el procedimiento mediante el cual obtenemos resultados a partir de este material histórico, los resultados logrados por este medio y su relación con los hechos sobre los que buscamos ilustración” (1983, p. 25)

Cada ser humano posee su propio Yo (percepción sensible), el cual puede ser entendido como la condición de posibilidad de comprensión del mundo de los fenómenos que se representan y conciben, dentro de la división categorial del tiempo y del espacio, ese Yo (percepción sensible): “ve en su derredor, de acuerdo al espacio, la naturaleza en la inmensa extensión; según el tiempo, le pertenece a él sólo el momento; tras sí, el infinito vacío de lo que vendrá.” (Droysen, 1983, p. 25).

Vacío de lo que vendrá ya que, de acuerdo con Droysen, lo llena el Yo: “con las representaciones de lo que fue, con recuerdos en los cuales lo pasado le es no pasado; y el vacío hacia adelante lo llena con las esperanzas y los planes, con las representaciones de lo que queriendo pretende realizar o espera que otros realicen.” (Droysen, 1983, p. 25)

Esas representaciones de lo que fue son las condiciones de posibilidad de la interpretación que hace cada persona de los fenómenos del mundo que percibe; interpretación y percepción que está atravesada por esos recuerdos “en los cuales lo pasado no es pasado”, y en tanto que, “el vacío de futuro” es complementado con las esperanzas y los proyectos, así como también “con las representaciones de lo que queriendo pretende realizar o espera que otros realicen” (Droysen, 1983, p. 25)

Así, los seres humanos encontramos en ese mundo de la empirie histórica, esas representaciones de lo que fue y ha pasado; de tal forma que a esas representaciones:

“las tenemos, por lo tanto, a través de lo que nosotros mismos hemos co-realizado y co-vivido y, más hacia atrás, mediante los recuerdos de otros, de nuestra familia, de nuestros pueblos, las tenemos en la plenitud de cosas y configuraciones que nos rodean, en nuestro aprender, en nuestro idioma mismo, que con sus contenidos de palabras y representaciones se remonta a pasados recónditos” (Droysen, 1983, p. 25)

Cuando nace un ser humano, arriba a un seno familiar que le correspondió por el azar de la vida, a una comunidad y a un pueblo que ya vienen desarrollando formas de vida, de acuerdo con el contexto categorial del espacio y del tiempo en el que les haya correspondido vivir; contexto categorial que está compuesto por los ámbitos de lo social, lo político, lo económico y lo cultural; he ahí, los recuerdos de esos otros, en los que se compaginan así lo co-realizado y co-vivido. Representaciones que se encuentran configuradas por el mundo que nos circunda, cuando aprendemos, al usar la lengua que se tenga en cada sociedad, lengua que, con su sistema de signos, palabras representaciones, conduce a esa civilización a pasados recónditos y distantes en las categorías del tiempo y del espacio.

Estas representaciones fenoménicas que constituyen la empirie histórica, todo ser humano las posee de manera “inconsciente y en cierto modo inmediato”. Porque el contenido espiritual que poseemos, constituye una gran “cantidad de restos del pasado” que se aúnan en cada ser humano en el “aquí y en el ahora” como nuestro cosmos de representaciones.

Respecto del desarrollo subjetivo, sostiene Droysen que, a través de un “acto de reflexión nuestro Yo toma conciencia de que este mundo de representaciones ha devenido, que está construido estrato tras estrato, que es de naturaleza histórica, que en este mundo de representaciones el Yo encuentra su mayor parte como dado previamente, heredado y a través del aprendizaje se lo apropia, que este nuestro Yo está determinado por este mundo de representaciones en sus opiniones, juicios, aspiraciones, en sus nociones de lo que es bueno, justo, verdadero y bello, en su querer y en su quehacer, que nuestro Yo está determinado en su ser y quehacer sensitivo-espiritual por este su ser devenido, por este su contenido condicionado históricamente” (Droysen, 1983, p. 26)

Observamos cómo en los seres humanos, el aprendizaje permite apropiarse el material que el Yo encuentra en el mundo devenido de las representaciones que están previamente dadas, heredadas porque está constituido estrato tras estrato, que forma parte de la naturaleza histórica; que nuestra subjetividad está determinada por este mundo devenido de las representaciones, a través de las opiniones, los juicios, las aspiraciones, y en el plano valórico, en las nociones de lo que es bueno, justo, verdadero, bello en su voluntad y en su praxis, porque la naturaleza humana posee una determinación “en su ser y quehacer sensitivo-espiritual”, dado que su ser ha devenido tras el contenido material condicionado históricamente. He ahí el mundo devenido de las representaciones subjetivas.

Esta condición de la determinación subjetiva, se encuentra, siguiendo a Droysen, en el estudio de Emmanuel Kant, *Crítica de la Razón Práctica*, en la cual demostró que nuestro querer libre está determinado por la certeza incondicional y la realidad del conocimiento; querer libre que se conserva en el concepto del deber, el cual es el contenido histórico de nuestro Yo. Yo, que en el pensar de la *Crítica de la Razón Pura*, deja a un lado su contenido histórico para darle tratamiento al Yo, “como la fuerza lógica de este individuo pensante”.

No obstante que en “todo actuar entra en vigor el contenido total del Yo, tal como ha sido históricamente condicionado y devenido y a partir del cual queremos, obramos y operamos. Aquellas certidumbres de la razón práctica son las elaboraciones de la historia, los resultados de un crecimiento para sí mismo, que convierte al mundo histórico en mundo moral.” (Droysen, 1983, p. 26).

El contenido devenido de la vida moral-espiritual de los seres humanos está permeada porque desarrollamos la vida, el actuar y el crear, partiendo de la totalidad de “nuestro ser espiritual, y todo presente está lleno de cooperaciones y reelaboraciones, de finalidades, de intereses y actividades de inúmeros seres humanos.” (Droysen, 1983, p. 26-27)

Ese acto de reflexión en el aquí y en el ahora que llevamos a cabo los seres humanos respecto del mundo que nos rodea, permite el surgimiento de esta continuidad del presente, a la vez que buscamos poner en claro toda la realidad circundante que permita tomar conciencia y corroborarla, para lo cual se asume “la tarea de investigar cómo ha llegado a ser, no puede a tal fin dirigirse a los pasados, pues estos son justamente pasados. Solamente lo que todo ello no es pasado en el aquí y en el ahora cualquiera que sea la forma que tenga, y lo que puede aprehenderse aun empíricamente, es lo que le podrá y deberá dar la información que busca.” (Droysen, 1983, p. 27)

Por este camino de investigar “cómo ha llegado a ser” lo que no es pasado en el aquí y en el ahora, considerando cualquier forma que haya asumido y que permita aprehenderse de manera empírica, permitirá arribar a la información buscada, es lo que Droysen plantea como el primer principio fundamental de la historia: “lo que ella quiere conocer sobre los pasados no ha de buscarlo en ellos, pues los pasados no existen ya en ninguna parte, sino solamente en lo que queda de ellos, cualquiera que sea su forma, y sólo así es accesible a la percepción empírica” (Droysen, 1983, p. 27)

Ese principio fundamental de la historia, entendido como aquello que se quiere conocer de los pasados, no debe buscarlo en los pasados mismos, ya que los pasados existen en lo que queda de ellos; y lo que queda de ellos son los materiales o fuentes como forma de los pasados que se encuentra representada en rastros y registros como inscripciones en piedra, fuentes escritas o no, monumentos. Los aspectos relativos a los documentos como fuentes, serán abordados de manera detallada en otro apartado de este estudio. Decíamos que, esos materiales o fuentes, como parte de los pasados existentes, son los que se constituyen en los puentes para acceder a la percepción empírica.

En ese orden de ideas es que sostiene Droysen, que “fundamentamos nuestras representaciones” de los pasados, “las corregimos y las ampliamos mediante un

procedimiento metódico que se desarrolla a partir de este primer principio.” (Droysen, 1983, p. 27)

La designación por parte de Droysen de que “la historia abarca el devenir del mundo humano-moral” (1983, p. 28), la explica partiendo del hecho de que, de manera inconsciente, en cada caso, en forma habitual, en todos los tiempos, al igual que como ocurre hoy, cada uno lleva a cabo “lo que ha de convertirse en ciencia histórica. Pero, tan sólo mediante la intelección de lo que se trata adquiere la tarea no solamente su determinabilidad y su perfil, sino el tamaño inconmensurable” (1983, p. 27). Así pues, los seres humanos dejamos testimonios de la existencia a través de los sentimientos y los pensamientos, mediante múltiples experiencias individuales.

Es que, si “la historia abarca el devenir del mundo humano-moral” y este devenir se constituye a través de “todo lo que encontramos previamente en este cosmos del mundo moral, cada momento individual y cada configuración individual tiene su ser devenido y se encuentra en relación más cercana o más lejana con las demás configuraciones” (Droysen, 1983, p. 28), de tal forma que no es posible aprehender la totalidad, a la vez que se abarque de modo completo.

Estos planteamientos le permiten a Droysen sostener que “nuestra ciencia no es la historia, sino (...) la investigación, y con cada nueva investigación se amplía y se profundiza la historia, es decir, nuestro saber del cosmos del mundo moral, que luego la ética puede esquematizar y dogmatizar, con cada nueva grada, en configuración más amplia.” (1983, p. 28)

Cada investigación histórica que se lleva a cabo, permite profundizar en el saber del “cosmos del mundo moral” que deviene de la investigación realizada, luego de que “fundamentamos nuestras representaciones” de los pasados, las cuales corregimos y ampliamos a través de un procedimiento metódico de los testimonios dejados por los seres humanos en su existencia, en la que ponen en juego sentimientos y pensamientos, tras las múltiples experiencias individuales que surgen dentro de las sociedades humanas. Ese es “El material de nuestra investigación es lo que de los pasados del mundo moral, del mundo humano, aún no ha pasado.” (Droysen, 1983, p. 28).

El ser humano con sus actos, deja en cada manifestación expresiones “de su ser más íntimo y propio, de su voluntad y de su pensamiento.” (Droysen, 1983, p. 28), que le permiten ubicarse en el espacio del planeta que habita, espacio natural del que toma lo que necesita para su subsistencia y lo transforma para sí. Para los seres humanos esto acontece en una dimensión con la libertad y por ello es que el ser humano da “expresión, duración y perceptibilidad a lo meramente pensado, a lo meramente sentido.” (p. 28). Así, el ser humano “impone su voluntad a los elementos, a las fuerzas de la naturaleza” (1983, p. 28).

Son innumerables las formas en las que el ser humano desarrolla su fuerza transformadora del medio en el que vive, “modelando, acuñando, combinando, en cada manifestación, la existencia fugaz del individuo convierte a los materiales en portadores de aquello mediante lo cual participa.” (1983, p. 29). Esas experiencias o manifestaciones son, pese a su carácter íntimo, la periferia de la existencia del individuo y en las diversas formaciones históricas que han habitado el planeta. Léamos a Droysen:

“Todas esas formaciones son, por mucho que hayan trabajado en ellas razas y pueblos enteros, esencialmente de naturaleza individual, que puesto que son actos de voluntad los que cooperando entre sí lograron la formación. En estas formaciones, en lo mucho que de ellas existe, puede reconocerse lo personal, lo individual del modelador, pues en la formación dio una expresión, y así como el sonido de la palabra, los rasgos de la escritura son individuales (...) una construcción da testimonio de los actos individuales de voluntad de quienes la construyeron, aunque muchos hayan sido los que trabajaron en una gran obra” (1983, p. 29).

Esas manifestaciones o experiencias, según el tiempo en el que ocurran, son múltiples y diferentes; pero cada una de esas manifestaciones es expresión de la misma interioridad, una muestra de sí misma, como “un trozo de periferia” en relación con un punto central que permite que esta manifestación se una hacia y con otras, “todos estos trozos de periferia, todas estas impresiones y expresiones, indican el mismo centro; este centro es la fuerza que adquiere carácter de fenómeno, que emerge en cada una de estas manifestaciones. Esta fuerza modeladora es la que ha de conocerse, de aprehenderse en sus manifestaciones; de lo que se trata es de reconstruirlas a partir de ellas, por muchas o pocas que sean las que se tienen a la vista (...) Se trata de comprenderlas.” (Droysen, 1983, pp. 29-30)

Ese conocimiento y aprehensión de esa fuerza modeladora de las manifestaciones del espíritu humano, tal y como le son perceptibles empíricamente, permiten su reconstrucción a partir de lo que quería expresarse en ellas mismas, es lo que va a permitir su comprensión; aquí, destaca Droysen, va a emerger el segundo principio metódico de la investigación histórica, el cual consiste en “comprender investigando” (1983, p. 30). Lo anterior, por cuanto es del lenguaje que surge de manera plena el “diferenciar y comparar, del juzgar y del concluir, en donde se mueve nuestro espíritu. Nuestro lenguaje es nuestro pensar, y sólo el pensar nos hace hablar.” (1983, pp. 31-32).

El lenguaje posibilita en el ser humano exteriorizar su soledad, exterioridad de la que emerge la totalidad del ser-Yo, porque el lenguaje mismo es un sistema de signos que producimos empíricamente, combinándose en él: representaciones, palabras y pensamientos. Es que, con palabras se puede describir la imagen aprehendida de personas o cosas, pero también se puede reproducir en colores, en la piedra, en el metal, así, ese lenguaje puede eternizar su reproducción en tanto dure la materia donde se fijó y se acuñó, porque: “Es mi concepción de la protoimagen la que sobrevive a la misma. De igual manera, enseñando, trabajando, ordenando, puedo crear formaciones en mi familia, en mi pueblo, que duran más allá del corto trecho de mi vida y que siguen operando, y mientras así sea, son testimonio de mi actuación, de mi voluntad, de mi pensamiento; viviré en ellas una vez que yo haya desaparecido hace tiempo.” (Droysen, 1983, p.32).

En efecto, la totalidad del ser-Yo (percepción sensible) exteriorizada en el lenguaje, considerado como un sistema de signos que producimos empíricamente y en el que combinan: las representaciones, las palabras y los pensamientos, es el campo que permite que el “Yo pensante, construye con el objeto de aumentar los ámbitos de sus instrumentos

sensoriales y su fuerza, con los materiales de la naturaleza y de sus leyendas conocidas, instrumentos de toda especie hasta las más maravillosas máquinas.” (Droysen, 1983, p.32)

Esos ámbitos que construye el Yo pensante en tanto incrementa los ámbitos de los instrumentos sensoriales, no es otra cosa que la capacidad de percibir el contexto en donde habita (materiales de la naturaleza); contexto que plasma en leyendas, así como los adelantos técnicos y tecnológicos, que emergen de ese pensar y de ese sentir para transformar el medio natural, poniendo en práctica los conocimientos empíricos y los conocimientos especulativos del género humano; en los diversos estadios a los que ha llegado, dentro de las diversas formaciones comunitarias, sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas de cada tiempo y espacio.

3. Del comprender investigando

Esas formaciones humanas y sus expresiones de adaptación al medio espacial donde se despliegue su devenir, son manifestaciones expresadas por el espíritu humano, en tanto comprendidas por él, al ser perceptibles empíricamente: “no hay nada que mueva al espíritu humano y que haya encontrado su expresión sensible que no pueda ser comprendido; no hay nada comprensible que no se encuentre en el ámbito de nuestra congenialidad, que hemos conocido como perteneciente a la empirie histórica, al ámbito del mundo moral” (Droysen, 1983, p. 33)

Todos los actos que desplegamos los seres humanos en nuestro pensar y nuestro actuar cotidianos, se desprenden del acto mismo de la comprensión del pensamiento y de la práctica humana; manifestaciones que pertenecen a la empirie histórica y al cosmos moral.

“Nuestro comprender histórico es completamente el mismo con el que nos entendemos con quien nos habla. No es meramente la palabra singular, la frase singular lo que aprehendemos, sino que ésta manifestación singular es para nosotros una manifestación de su interioridad; y la comprendemos como algo que da testimonio de esta interioridad, como un ejemplo, como una irradiación de la fuerza central que permaneciendo igual y la misma en sí, se presenta -así suponemos- en cada una de sus manifestaciones. Lo singular se comprende en la totalidad, de donde emerge, y la totalidad se comprende en esta singularidad, en la que se expresa. El que comprende es, como él mismo un Yo, una totalidad en sí.” (Droysen, 1983, p. 34)

La categoría de la comprensión forma parte del segundo principio fundamental de la historia planteado por Droysen, cuando arguyó que el método histórico y la tarea misma del historiador consisten en el acto de comprender investigando; en tanto que ese acto “es el conocer más perfecto que nos es humanamente posible (...) En el comprender, la naturaleza espiritual sensórea del hombre participa totalmente, dando y tomando a la vez, procreando y concibiendo al mismo tiempo. El comprender es el acto más humano del ser humano, y todo quehacer verdaderamente humano se basa en la comprensión, busca comprensión, encuentra comprensión. El comprender es el lazo más estrecho entre los hombres y la base

de todo ser moral.” (1983, p. 34) Este autor asemeja el acto de la comprensión a una intuición inmediata, a un acto creador.

Esa tarea del historiador que consiste en el comprender investigando, en abordar la comprensión como aquél acto que permite hacer lectura comprensiva

“de los recuerdos y tradiciones, los restos y monumentos de un pasado, de manera similar a como el oyente entiende al hablante, y en tratar de conocer investigando en los materiales existentes aún y que tenemos a la vista, lo que deseaban los que así modelaban, actuaban y trabajaban, lo que movía su yo, y que aquellos deseaban expresar en tales impresiones y manifestaciones de su ser. Los buscamos en los materiales, por defectuosos que sean, tratamos de conocer su querer y su quehacer, las condiciones de su querer y las consecuencia de sus acciones; tratamos a partir de las manifestaciones y modelaciones singulares, que aún podemos aprehender, de reconstruir su yo o, allí donde éste actuara y modelara en común con muchos otros, procuramos también reconstruir, lo que es común, el espíritu de familia, el espíritu del pueblo, el espíritu del tiempo, de lo cual son ellos una parte, y buscamos complementar a partir de los conocimientos así adquiridos, la periferia destruida y difuminada y avanzando así, en la medida de lo posible, conocer y reconocer su lugar en el movimiento total de los pasados del género humano.” (Droysen, 1983, p. 35-36)

Si la historia es la empirie de lo que acontece en el tiempo y de lo que está en el espacio, el trabajo histórico que tiene como tarea el comprender investigando los materiales existentes de las diferentes formaciones humanas que han habitado el planeta, tarea para la cual tiene en cuenta los recuerdos y tradiciones, así como los restos y monumentos de un pasado que le permiten al investigador, a partir de ellos, conocer lo que deseaban, modelaban, actuaban y trabajaban, movidos por su yo; prácticas humanas que dejaron impresiones en materiales existentes, que permiten comprender el querer y el hacer, las condiciones del querer y las consecuencias de las acciones que han dejado.

Ese trabajo que se realiza en la empirie histórica de comprender investigando debe permitir: “ampliar nuestra, estrecha, parcial, oscura representación de los pasados, ampliar nuestra comprensión de los mismos, complementarla, corregirla, aumentarla, según puntos de vista siempre nuevos (...) (se trata) de enriquecer y alimentar nuestro mundo intelectual con el conocimiento fundado de continuidad del desarrollo moral humano, en cuya fila nos encontramos los que vivimos ahora, para asumirlo y continuarlo en nuestra parte, con la comprensión de su contexto.” (Droysen, 1983, p. 36).

Ese enriquecer y alimentar desde la investigación histórica, se constituye en una petición de principios respecto de nuestro mundo intelectual con el conocimiento fundado de continuidad del desarrollo humano moral, que se asume en cada aquí y ahora que corresponda a quien investigue, con el fin de asumir y continuar ese conocimiento fundado que emerge del contexto del estudio de cada formación histórica.

Esa empirie histórica que se encuentra en el tiempo y en el espacio de una determinada formación humana,

“proporciona sólo cuestiones fácticas y singulares. Si ha de haber ciencia, debe entonces agregarse a lo individual y singular, que proporciona la empirie, algo general, de donde se explique lo que es y acontece, por qué es y acontece -algo general y necesario que no se conozca bajo la forma de intuiciones sino mediante el pensamiento (...) La verdad del ser tiene su control en el pensamiento, la verdad del pensamiento tiene, evidentemente su control en el ser” (Droysen, 1983, pp. 36-37).

Para que la historia se considere como ciencia, puesto que su esencia “consiste en que ella busca y obtiene verdad” (Droysen, 1983, p. 36), y para obtener ese estatuto de ciencia, la empirie histórica agrega a los actos individuales y singulares, las categorías de lo general y lo necesario que permiten explicar y conocer lo que es y acontece bajo la forma del pensamiento. Por verdadero, entiende Droysen, al “pensamiento que aprehende y expone un ser tal como es en su esencia.” (1983, p. 36).

La investigación histórica pues, se concentra a estudiar las realidades del mundo moral, del mundo humano, a través de los recuerdos y tradiciones, de los restos y monumentos de una determinada formación histórica pasada, partiendo del estudio de las categorías de lo general y lo necesario, surgen las preguntas: ¿dónde se pueden encontrar esas categorías?; y en ¿dónde se deben resumir científicamente los detalles?

En efecto, conocemos y comprendemos que en el cosmos del mundo moral

“todo acontece en el presente y en la viva reciprocidad y competencia de los hombres; todo lo que ellos hacen está determinado por intereses momentáneos, personales, rivalizantes, y los actos de voluntad que en ello opera obtienen de aquí su impulso, su medida y su límite. Se puede decir que todo presente decurre en la urgencia de negocios infinitos y que cada uno de ellos condiciona a los otros y es condicionado por los otros. ¿Cómo surge la historia pues a partir de estos asuntos?” (Droysen, 1983, p. 36)

Las categorías de lo general y lo necesario se encuentran en el movimiento vivo y práctico del presente, entendido éste como historia; historia que es definida como el movimiento práctico del presente, el cual es de un tipo variado en manifestaciones de las múltiples actividades desplegadas por los seres humanos, como: la ley, el derecho y la Constitución, aspectos que concentran las grandes necesidades y las normas que se han convenido entre ellos para la convivencia; necesidades y normas que buscan regular la economía, la política, los asuntos de la guerra, las actividades religiosas, las responsabilidades oficiales y burocráticas, así como la producción cultural.

La investigación histórica “es insaciable en el perseguir, cada vez más profundamente el ser devenido del presente y el comprobar de esta manera el progresar, el ascender” (Droysen, 1983, p. 38), y ese ser devenido del presente es lo característico del cosmos moral, del mundo humano, porque:

“Este presente, tal como es y así también todo presente anterior, se ha desarrollado en la continuidad de un largo devenir, ascendiendo constantemente, ampliándose y construyéndose hacia arriba. Ha sido elaborado por el género humano de generación en generación, y sigue trabajando incansablemente en él, en un aspecto siempre nuevo, con fuerzas espirituales nuevas para tareas cada vez más grandes y parece que en la naturaleza humana son posibles y existen latentemente aumentos inconmensurables, una vez que esta naturaleza humana ha despertado” (Droysen, 1983, p. 38).

4. La continuidad: categoría de la investigación histórica

Esta categoría reviste importancia para la metódica histórica porque permite afirmar que el presente y todos los anteriores presentes, se han desarrollado en la continuidad de un largo devenir, y

“esta continuidad del trabajo y de la creación progresivos históricos es lo general y necesario que une a los hechos individuales de la historia y otorga a cada uno en su especie su propio valor; otorga un valor propio sólo a aquellos que son de especie individual. Esta continuidad no es desarrollo, pues si así fueran encontrarían ahí las series consecutivas en un germen preformado; lo que sucede más bien es que con el trabajo crecen fuerzas y con cada nueva tarea resuelta arrancamos del ser en la Naturaleza, que al comienzo dominaba y estrechaba nuestro género, nuevos campos y ámbitos, lo obligamos a servir a nuestros fines, a trabajar para ellos según nuestras indicaciones.” (Droysen, 1983, p. 39)

Si el presente y los anteriores presentes se han desarrollado en la continuidad del largo devenir que han sido materializados por el género humano de generación en generación, en cada formación histórica, siendo lo general y lo necesario los aspectos que se unen a los hechos de la historia de ese presente que transcurre en “la urgencia de negocios infinitos”, que forman parte de ese movimiento vivamente práctico del presente y que permite a la investigación histórica enriquecer y alimentar el mundo intelectual “con el conocimiento fundado del desarrollo moral humano” (Droysen, 1983, p. 36); conocimiento fundado que permite ser asumido y continuado por quien investiga en su momento histórico específico, es decir, en el espacio y en el tiempo en que transcurre su vida, dentro de la comprensión del contexto histórico estudiado.

La suma de “cada trozo material” que se ofrece a la empirie histórica, se debe explorar para ver de qué manera interviene en la continuidad del ser devenido del presente, esto es, del trabajo histórico, “para ver sí y cómo interviene” éste trabajo y la creación progresivos históricos; continuidad que constituye lo general y lo necesario porque permite unir a “los hechos individuales de la historia y otorga a cada uno su especie su propio valor” (Droysen, 1983, p. 39), ¿cuáles son los hechos de especie individual en la historia?, la categoría

especie, es entendida como la viva reciprocidad y competencia de los hombres, pues todas las actividades que realizan en su devenir cotidiano se encuentran determinadas por sus intereses momentáneos, personales y que entran en conflicto, dado su actuar opuesto y diferente de esos mismos intereses momentáneos; así como también, los actos de voluntad que operan los seres humanos en esos intereses, actos de los que se obtiene, su impulso, su medida y su límite; ya que todo presente transcurre “en la urgencia de negocios infinitos”, negocios que condicionan a los otros y que a la vez, se condicionan entre sí.

¿Qué es lo que vale en cada presente como negocio? Se entiende como todas las direcciones del ser espiritual-sensóreo que desarrollamos los seres humanos que en el devenir de su vida se concentran en resolver la vida y la vida inmediata y material; ámbito en el que se despliegan actividades como la alimentación, los conocimientos, el lenguaje y en la costumbre, en la industria, en las artes, en el comercio, en la guerra, así como también en las instituciones políticas y sociales que se conforman.

De esta manera se constituye la empirie histórica, porque ella es el movimiento vivamente práctico del presente, presente que se ha desarrollado en la continuidad del largo devenir, lo cual es lo característico del mundo moral, del mundo humano que se ha desarrollado en esa continuidad del largo devenir. Por otra parte, ese algo general y necesario que emerge del cosmos moral, del mundo humano, se explica desde el pensamiento, desde el trabajo de la investigación histórica, como ejercicio que permite que se explique lo que acontece, por qué es y por qué acontece y que forma parte del movimiento total de los pasados del género humano.

Ese trabajo de la investigación histórica debe permitir mostrar la suma de los resultados acumulados de nosotros mismos, de nuestro pueblo, de nuestra cultura, de nuestros Estados.

“En estos pensamientos del trabajo histórico tienen su verdad los pasados, y estos pasados comprueban, en la medida en que podemos explorarlos, la verdad de este pensamiento. Y en cuanto nuestro presente, lo mismo que todo presente antes de nosotros, partiendo de los resultados acumulados de tiempos anteriores, que constituyen su contenido, busca avanzar, con la voluntad que determina su quehacer, interviene en el más cercano futuro para ver realizada su voluntad, su prueba que el pensamiento de la continuidad progresiva, tal como ha tenido validez hasta ahora, es también el pulso preciso de la vida moral, es decir, de la vida histórica.” (Droysen, 1983, pp. 39-40)

Ir en pos de una sistemática de la empirie histórica, significa ir al encuentro del cruce entre esta materia empírica y los actos humanos que desligan los individuos en el devenir de un tiempo y un espacio, categorías correlativas, pues conformados en comunidades y sociedades que han dejado rastros por sus luchas en los ámbitos de prácticas políticas, institucionales, jurídicas, sociales, económicas, culturales y religiosas; conformando así un cruce con la ética y su moralidad en esos actos.

II. La metódica

Recordemos que el segundo principio metódico de la investigación histórica, propuesto por Droysen es el de “comprender investigando”, y para abordar la investigación histórica, su punto de partida se tiene que encontrar empíricamente. Los seres humanos en su condición de niños nacemos sin saber nada de los pasados, se aprende con el habla y con las narraciones de los adultos cercanos a su entorno, va conociendo lo más elemental para sí y, con el paso de los años, complementa los contextos y llena las lagunas con fantasía viva desde su propia subjetividad y perspectiva.

Esa semejanza del proceso de aprendizaje acerca de los pasados, sirve para percibir el proceder de cada pueblo en sus primeros estadios. Esa es la manera en que operamos los seres humanos en los estadios más tempranos. Entra en juego la proximidad más cercana en la comunidad y con el recuerdo más cercano y las lagunas, se llenan con la fantasía de su perspectiva subjetiva y se complementa con los contextos, así

“llena la humanidad la oscuridad de su pasado y lo que ella, viendo con fantasía y subjetivamente, ha pensado como su propia prehistoria de modo rico y variado es lo que creen los hombres. Con lo cual tienen ellos un mundo de representaciones que es más una imagen de la dirección de sus sentidos, de su talento, de sus intereses actuales que lo que corresponden a cuanto ellos creen.” (Droysen, 1983, p. 43)

Esa manera de llenar la humanidad la oscuridad de su pasado con fantasía, de manera subjetiva y pensada su propia prehistoria desde las creencias y su mundo de representaciones del mundo que les rodea, no es otra cosa que la comprensión intuitiva (sentidos, talento, intereses del momento), y no permeada por la investigación y la reflexión; operación comprensiva del pensamiento que permite que entre en relación el elemento de la duda de ese sistema de representaciones y de intuiciones que llenaban la empirie histórica en la comprensión de su propia prehistoria y representaciones del mundo humano, como un conocimiento fundado de continuidad del desarrollo del cosmos moral humano que permite explicar lo que es y acontece, así como estudiar por qué es y acontece en el tiempo y en el espacio, ese algo general y necesario que puede ser conocido mediante el pensamiento.

Ese desarrollo del individuo y de los pueblos, ese contenido de nuestro yo, ese mundo de facticidades y de contextos, constituyen en un primer momento de facticidad inmediata que ha sido adquirido por la costumbre y la intuición. Pero para arribar a ese acercamiento de la investigación histórica, Droysen propone poner en tela de juicio ese conocimiento intuitivo asumido y conocido hasta entonces y que ha sido puesto en cuestión tras la duda, para superarlo se antepone de frente el examen y la fundamentación.

Al ingresar el elemento de la duda, emerge así el momento de la observación y de la reflexión. “Y también aquellos cuya profesión científica o práctica los lleva en otras direcciones, el jurista, el científico de la naturaleza, el comerciante, se satisfacen por lo que respecta a sus representaciones de los pasados con los que les ha dado la escuela como parte de la cultura general.” (Droysen, 1983, p. 45)

1. Formulación de la pregunta histórica

Poner en tela de juicio implica la emergencia de “la pregunta histórica”, pregunta que contiene elementos de la intuición, que le son propios a cada ser humano, pues forma parte de la concepción de esas circunstancias conocidas, de la representación que el sujeto tenga de esas personas que se estudian, de la comprensión de los procesos observados, con el fin de interpretarla como un primer esbozo. Es un acto de concepción que crece y deviene en el complejo camino de la pregunta histórica que emerge como una posibilidad, un destello y una esperanza de quien investiga.

La formulación de la pregunta histórica debe permitir comprender si realmente el asunto a estudiar es tal y como lo presentimos al preguntar, y si hay condiciones de posibilidad para su demostración. Operación que permitiría lanzarse a

“buscar los materiales necesarios para trabajar en esta pregunta, para ver si el pensamiento resulta correcto, tal como lo presentíamos. Y a medida que se desarrolla más profundamente, a medida que se precisa más finamente, va cambiando. Se corre el peligro de que se nos escape de las manos o de que se destroz, en la gran cantidad de lo especial y lo particular parece desaparecer; comenzamos a despertarnos por no poder realizar la tarea que tan confiadamente nos habíamos impuesto.” (Droysen, 1983, pp. 46-47)

Este momento puede ser desalentador dentro del proceso de la investigación histórica pero se debe tener en cuenta la formulación de la pregunta histórica, al indagar sobre ¿cuál es la pregunta que pregunta?, ¿cuál es su contenido?, es ahí “en la pregunta y en la formulación de la pregunta (donde) se manifiesta la genialidad” (Droysen, 1983, p. 47), en esta fase, este autor propone tres estadios del trabajo metódico, los cuales consisten en: 1) búsqueda del material para responder a la pregunta, 2) crítica de los materiales, 3) interpretación de los materiales, ya que son ellos los que permiten arribar a la categoría de “la comprensión de los materiales adquirida en la crítica y en la interpretación de los materiales que tenemos que tratar para esta pregunta, exige humanamente la expresión de dicha comprensión adquirida, y ésta comprensión es (...) algo completamente diferente de la fabricación o comprensión del hecho objetivo o de la realidad externa de entonces, miles de contextos que son los que históricamente nos interesan.” (1983, pp. 47-48).

Tiene el investigador la necesidad de estudiar de manera crítica lo que le ofrece el material escogido para su trabajo histórico, a fin de convencerse de su autenticidad y de lo que designa cada pieza singular según los aspectos que le interesan y extrae de esos materiales para la interpretación y verificación históricas. “Cuando se sabe preguntar a las cosas, ellas dan la respuesta.” (Droysen, 1983, p. 49). Esos materiales que se escogen para llevar a cabo la investigación histórica son las denominadas como fuentes, los vestigios, los restos, la representación o el recuerdo de lo que nos queda de los múltiples pasados que han dejado las diversas formaciones humanas que han habitado el planeta, esas fuentes que tienen “el propósito de dar noticia de procesos o estados anteriores.” (Droysen, 1983, p. 52)

2. La puesta en práctica de la heurística.

Así pues, el primer paso de la investigación histórica es la pregunta y la búsqueda de la pregunta. Entrando entonces en juego, para esta parte del método, la heurística ya que ella se pregunta: “¿Cómo debemos buscar? ¿Cómo comenzar a responder a la pregunta? ¿Cómo vine a dar a esta pregunta? ¿De dónde me surgió esta imagen de aquello y, del proceso, de las personas y de las circunstancias? ¿De dónde vienen estos rasgos singulares que reúno de esta manera? ¿De qué espacio son?, ¿qué legitimación tienen?” (Droysen, 1983, p. 49)

Todas ellas son preguntas fundantes para el comienzo del proceso de investigación histórica, indagaciones que se constituyen, desde la condición de posibilidad del trabajo heurístico, en fundamentos basilares, puesto que de ellas se deriva la selección de los materiales o fuentes que emergen y que van a permitir delimitar el espacio y el tiempo que esa determinada formación histórica elegida, conduce a estudiar el proceso, las personas, las circunstancias y los rasgos singulares que se derivan de esa formación, ya que las fuentes son la representación o el recuerdo fijado por escrito, que se tiene del pasado.

El trabajo de la heurística sobre la reflexión que se debe hacer respecto del acto de preguntar a la pregunta, va a ser ella, la metódica heurística la que realiza la descomposición de la pregunta misma en sus elementos y no los pierde de vista, puesto que es de ellos que se compone, de tal forma que:

“Se tratará entonces de dos cosas: 1. ¿Cuáles son en esta pregunta histórica los hilos individuales que encuentro entrelazados en ella, y cómo encuentro los materiales para perseguirlos hasta su origen, materiales que se entrelazan en mi representación y que, localizados en su origen, me permiten convencerme de si y hasta qué punto y cómo tienen un fundamento firme? 2. ¿De qué especie son estos materiales de los cuales tengo que buscar para cada caso singular lo que me resulta necesario? ¿Son quizá por su diverso género, de diverso valor y de diverso peso? ¿Se encuentran todos en la misma relación con las realidades pasadas de las que tienen que darme testimonio?” (Droysen, 1983, pp. 49-50)

3. Los materiales históricos

Como se ha destacado en precedencia, la naturaleza de la historia es de tipo empírica, porque ella se dirige y se aplica a las configuraciones y a los movimientos del mundo moral, del mundo humano; configuraciones y movimientos que son comprensibles y accesibles de manera creciente y perceptible al investigador, quien extrae de los signos insertos en los materiales o fuentes, así como de las impresiones y de las expresiones de ese mismo sistema de signos con los que se trabaja en el proceso de investigación histórica, porque, ese material, es decir, esas fuentes con las que debe “ser empíricamente perceptible y estar disponible (...) puede provenir del pasado, pero sólo por el hecho de que es aún presente y accesible es adecuado para nuestros fines. Pues con nuestra investigación queremos despertar de nuevo en nuestro espíritu (...) una representación de lo que fue y es para siempre pasado.” (Droysen, 1983, p. 51)

4. Las fuentes

Las fuentes ofrecen una visión retrospectiva que va de tiempos anteriores hacia su pasado, ellas, son restos surgidos de ese pasado, porque de quienes provienen, “tenían el propósito de dar noticia de procesos o estados anteriores.” (Droysen, 1983, p. 51), por restos se entiende: un edificio antiguo, una vieja casa artesanal, el lenguaje mismo es pieza del pasado, objetos que se desentierran y se han conservado en los trastos y ruinas, son una categoría de materiales que se constituye en testigos elocuentes de tiempos pasados. Otra tercera serie, aparte de los materiales o fuentes y los restos, que participa de las propiedades de ambos, son los monumentos, porque todo objeto que lleve la huella del espíritu humano, es susceptible de ser utilizada como material de investigación.

La llamada prehistoria, derivada de los hallazgos de excavaciones, son materiales de investigación: los cuchillos de piedra, las hachas, entre otros útiles, así como los restos de comida de animales y vegetales; son restos que han permitido obtener información acerca de las condiciones climáticas y naturales del período al que perteneció el grupo humano que uso esos útiles y esas armas y de los cuales se da testimonio.

Como un rasgo característico de la modernidad occidental, se encuentran colecciones de interés científico e histórico. Ejemplo de ello, es que se cuenta con la numismática, las colecciones de pinturas, porcelanas japonesas, chinas, francesas antigüedades nórdicas, armas y utensilios de campamentos romanos, trabajos en madera, miniaturas, tapices, objetos de orfebrería. Esas colecciones se ordenaron dentro de un sistema histórico-geográfico que es análogo para todos.

5. Los restos

Dentro de los restos como fuentes, se destacan también:

“los restos de formaciones u órdenes en los que encontraron su expresión y su comprobación las comunidades histórico-morales, tales como el pueblo, la comunidad, el Estado, la sociedad, la iglesia, sus propias configuraciones, de modo que logramos con ellas una visión de los estudios de la sociedad humana de tiempos tempranos y anteriores: las constituciones de los Estados, las leyes, las ordenaciones eclesiásticas o burguesas, las relaciones jurídicas y económicas de toda especie.” (Droysen, 1983, p.60).

Tampoco se puede dejar de lado, como restos, la lengua en los usos y costumbres populares que dan cuenta de tiempos pasados, remotos de cada pueblo o formación histórica.

Como ejemplo de los restos escritos, se encuentran restos en la literatura de los pueblos, los trabajos científicos, las visiones totales filosóficas y religiosas, los complejos de pensamiento de cada época; “los restos del decurso escrito de los distintos negocios, tanto públicos como privados, tal como se encuentran en los legajos de los archivos, en los informes, peritajes, correspondencias, cuentas. Lo característico de estos materiales es que ellos eran momentos de un negocio en cumplimiento (...) son momentos conservados de la

continuidad de un negocio.” (Droysen, 1983, p. 64). También cuenta como fuente documental la correspondencia diplomática.

Los documentos son fuentes porque atestiguan lo determinado en un negocio para gestiones venideras, entre esos documentos se cuentan: los testamentos, las letras de cambio o certificados de deuda, los poderes, las acciones. “En el verdadero sentido son documentos solamente los testimonios solemnes de contratos concluidos y de negocios jurídicos con inclusión de documentos sobre donaciones, amnistías” (Droysen, 1983, p. 68).

El documento, como fuente, reviste primordial importancia para la investigación histórica porque éste se remonta hasta la Antigüedad: “los egipcios tenían protocolos estatales en copia auténtica; es decir, en forma de inscripciones.” (Droysen, 1983, p. 69), inscripciones de la Antigüedad sobre la que descansa “nuestro conocimiento del mundo asirio-babilónico, de la historia egipcia y, en parte considerable de la historia griega y romana.” (1983, p. 71)

Por su parte, las obras de arte, también son monumentos propios de la investigación histórica, ya que en ella se ha fijado el proceso o el acontecimiento celebrado en ella. “la obra de arte ha de concebirse totalmente sólo en su referencia histórica y en las presentaciones completas es tan aprehensible, que resulta comprensible sin inscripción.” (Droysen, 1983, p. 73)

También las monedas se constituyen en fuentes para los estudios históricos, es la numismática. “Los babilonios, que difundieron su sistema de pesas y medidas por todo el mundo antiguo, pesaban el metal precioso en sus relaciones de intercambio. Los fenicios inscribían, según antiguo dato, en las barras de metal ya pesado (...) letras que designaban números. Tan sólo los lidios, a quienes Herodoto llama los primeros comerciantes minoristas, acuñaron monedas.” (Droysen, 1983, p. 73)

Al caracterizar las fuentes, podemos expresar que esos materiales tienen la “propiedad de ser restos del pasado”, porque ellas “estaban destinadas para servir de recuerdo, y que daban una determinada concepción de aquello que se quería mantener para el recuerdo, de modo tal que resumiera ciertos momentos o peculiaridades significativas del suceso externo, en forma artística o simbólica, a fin que el espectador tuviera la correspondiente representación o sensación” (Droysen, 1983, p. 77).

6. Categoría del aprehender y de la traducción

Los seres humanos aprehendemos las cosas, los objetos, a través de la palabra y por intermedio del pensamiento que se mueve en palabras, obtenemos la claridad de esas cosas u objetos de forma clara y determinada, en la medida en que las hemos traducido en nuestro lenguaje “a nuestros conceptos, juicios, conclusiones y al sistema infinitamente flexible y preciso de nuestro representar y pensar.” (Droysen, 1983, p. 78). Ese río del devenir de la operación de la aprehensión y la traducción en pensamientos que van a permitir aprehender las cosas que vienen a nuestra conciencia, que han acontecido y están ahí.

Pero esa traducción de las cosas no siguen siendo como eran porque una vez concebidas en ese ejercicio de traducción, se “las ordene en contextos, en conexiones causales, en sistemas de ocasiones, fines, condiciones, o que no existen por sí mismo sino sólo en nuestra concepción, en nuestra comprensión de ello (...) según la energía de nuestras disposiciones sensibles y espirituales” (Droysen, 1983, p. 78)

7. La Tradición oral y la tradición escrita

Ese ejercicio apropiado de nuestra representación, entra a formar parte “en el contexto del mundo total de representaciones que ya llevamos en nosotros, se convierte en trozo viviente del mismo, se transforma además con él” (Droysen, 1983, p. 78), y se transforma porque con el paso del tiempo es difícil mantener de la misma manera en que percibimos primeramente las cosas, por ejemplo, los recuerdos de la infancia o de etapas posteriores; cómo poseíamos las imágenes “de lo que se ha visto, se ha hecho o se ha ayudado a hacer, se desplaza y modifica” (1983, p. 78), con el paso del tiempo, se desplaza, se modifica y se transforma nuestra representación del lugar o lugares que han formado parte de esa traducción. Emerge una diferencia esencial en el ámbito de las tradiciones, esto es, la tradición oral y la tradición escrita, las cuales constituyen en la traducción de lo que fue y aconteció en la esfera de las representaciones.

En tanto que la tradición escrita, posee la ventaja de haber fijado las representaciones que fluyen dentro de un determinado momento y que salieron avante de otros cambios o transformaciones. En tanto que, la tradición oral es más rica y corresponde a la naturaleza de las cosas, respecto de los acontecimientos más cercanos y más próximos. “La tradición oral tiene la tendencia a la simplificación, a conservar de los hechos sólo las cumbres y de las personas sólo las anécdotas, a reducir todo a representaciones sencillas, fuertemente perfiladas, plásticas, a idealizar.” (Droysen, 1983, pp. 79-80). La diferencia entre estas tradiciones, la oral y la escrita, no es de naturaleza esencial, dado que la tradición oral de hace doscientos, mil años o más, es hoy conocida porque fue consignada y recogida en escritos.

Por su parte, la Escuela Crítica de Alemania, plantea otro punto de vista para la consideración de las fuentes: “es el de las fuentes primarias y fuentes derivadas. Se encuentra aquí el supuesto de que la tradición histórica se remonta a una primera forma originaria, y que ésta es utilizada sólo mejor o peor por los que vienen después (...) allí donde la fuente posterior se muestra como deducida de una anterior, ya no es fuente (...) este punto de vista no nos proporciona una diferenciación de principio para la variedad de las fuentes, sino que debe ser situada en (...) el procedimiento crítico” (Droysen, 1983, p. 80)

La importancia de las fuentes estriba en el uso que hacemos de ellas en el proceso de investigación histórica, porque: “de la esencia de las fuentes resulta otra diferencia que es significativa. Si las fuentes son concepciones, entonces hay en ellas un momento doble, el de que las concibe y el de lo que se concibe (...) Las fuentes pueden diferenciarse según predomine en ellas mayor o menormente uno de los dos momentos, según sean ellas más subjetivas o más materiales y objetivas” (Droysen, 1983, p. 81). Es importante retener y

destacar que las fuentes son concepciones porque ellas poseen dos momentos: el momento e intenciones de quien las concibió y el segundo momento, alude a lo que se concibe; este aspecto permite que las fuentes se diferencien, según la predominancia de uno de estos dos momentos, de acuerdo a como sean, o más subjetivas o más materiales y objetivas.

De esta diferenciación de las fuentes, emerge un principio que permite considerar que:

“un acontecimiento, un hecho, se concibe con el fin de una exposición lo más objetiva posible (...) lo más pragmática posible (...) el acontecimiento puede exponerse o bien según sus momentos externos en el contexto, o bien según el contenido interno, causal, es decir, en forma de reseña o de combinación, o bien domina en ella el elemento subjetivo sobre el objetivo. Pero también hay aquí la posibilidad de una doble forma: el elemento subjetivo domina o bien porque la excitación de la sensación es más fuerte que lo objetivo, (...) ejemplo, en la leyenda popular; o bien porque lo material objetivo es sólo material y ocasión de otra clase de contemplaciones y argumentaciones” (Droysen, 1983, p. 82)

Este autor esquematiza la manera de cómo orientarse respecto de la utilización de las fuentes en la investigación histórica: a) *La serie subjetiva*: unido “a todo acontecimiento va la concepción del mismo, la traducción en la representación.” (Droysen, 1983, p. 83), como ejemplo, trae, lo que relata un testigo a su vecino, relato que se sigue su difusión pero que es concebido por cada uno a su manera, de tal forma que ese hecho se aumenta por el rumor y termina siendo irreconocible y deformado a cómo surgió; la diferencia de la fuente escrita de ese hecho, estriba en que “el juicio gana espacio para posterior examen.” (1983, p. 83)

Dentro de las series subjetivas de las fuentes históricas se encuentra el poema, que se constituye en una fuente de “alto valor pero es una fuente en la que todo lo fáctico no sólo se encuentra coloreado subjetivamente, sino que, en general, pretende presentarse como hecho del mundo interior del poeta” (Droysen, 1983, p. 86), como ejemplo, el poema *La Divina comedia* de Dante Alighieri, con toda su fuerza plástica, se ubica dentro de “la historia de su tiempo, en los acontecimientos del presente que le tocó vivir.” (1983, p. 86).

A la luz de la categoría de la comprensión, esta fuente histórica subjetiva, contiene el elemento de la contemplación al ocuparse de los asuntos religiosos, políticos y sociales, del espacio y del tiempo en que vivió el poeta, y que permiten su elucidación histórica, partiendo de toda su concepción.

b) *La serie pragmática*: para explicar esta categoría de la pragmática, la extrae Droysen del historiador Polibio, quien entiende por ella, a los negocios del Estado, y la define como “la exposición adecuada al negocio y a la cosa”, y por esta serie va a considerar que se llama pragmáticas “a aquellas fuentes que muestran el propósito de ser lo más adecuadas posible a la cosa, y esto o bien en dirección del decurso exterior, sin preocuparse de motivos y sensaciones, o adecuadas a la cosa según la relación interna de causa y efecto, de medio y fin” (Droysen, 1983, p. 87). Esos negocios del Estado forman parte de las fuentes de la serie pragmática, en tanto reproducen “correctamente aquello que, desde su punto de vista, había que oír y ver.” (1983, p. 88), en esta serie se encuentran las cartas.

Las cartas o epistolografía, se ubican dentro de la serie de fuentes pragmáticas, pero su valor histórico depende del “talento y la posición del que escribe (...) de la posición y de los intereses de los destinatarios” (Droysen, 1983, p. 89), cuando la correspondencia se encuentra dentro del marco de las funciones públicas, como a un jefe de gobierno, a un ministro de defensa, su carácter es un carácter que forma parte de los negocios del Estado. Este es un campo sumamente extenso pues abarca los aspectos subjetivos de los seres humanos, que apuntan a satisfacer emociones y consideraciones privadas o manifestaciones de importancia en los asuntos públicos.

Así pues, el tipo de cartas que forman parte de la correspondencia y que surgen dentro del desempeño de las funciones públicas, permitieron que desde el siglo XVI se desarrollaran en Europa los periódicos “en las grandes plazas de comercio como Venecia, Augsburgo, Danzing, Lubeck (...) Praga, Roma, Florencia (...) en los despachos de grandes comerciantes, a donde llegaban noticias de todas partes a amigos y compañeros de negocios, pronto también a personas de la corte.” (Droysen, 1983, p. 91).

El periódico surgió de los impresos volantes donde se encontraban noticias “durante la guerra contra los turcos en 1550, se decidió que las noticias que iban llegando continuamente se expusieran en un local, al que se entregaba pagando una gazetta. El periódico en el sentido moderno surgió de estos impresos volantes, cuando estos impresos aparecieron en series regulares cada día de entrega de correo, generalmente los jueves” (Droysen, 1983, p. 92). Los periódicos son fuentes de suma importancia para la investigación histórica.

Otras fuentes de esta serie pragmática son los diarios personales, las crónicas o libros de época, que quieren conservar o mantener lo notable que ha acontecido en el devenir de los años. Los memoriales o memorias escritas, también son parte importante de esta serie de materiales para la investigación histórica porque en ellos “personas importantes comunican lo que vivieron en la acción” (Droysen, 1983, pp. 98-99); la relevancia de estos memoriales estriba en que ellos emergieron de personas que formaron parte de la vida pública y que le dieron significación e importancia a lo expuesto en ellos, y “su interés es la categoría según la cual se hace la composición” (1983, p. 99), es decir, en ellos se relatan hechos, se expone su significación, su contexto y su contenido históricos.

La significación de la investigación histórica para la cultura, estriba en que “la cultura (...) su naturaleza es esencialmente ética pues se basa en que aprendamos a comprender y valorar lo humano. La comprensión de las situaciones y configuraciones humanas de nuestro tiempo, de su contenido y de su significación, se profundiza en la medida en la que las comprendemos en su ser históricamente devenido” (Droysen, 1983, p. 102). Recordemos, tal y como se ha esbozado en precedencia que el fundamento base de la investigación histórica está constituido por los materiales (fuentes) que de los pasados del cosmos moral, del mundo humano, no ha pasado aún. Igualmente, destacar lo atinente a la categoría de la comprensión, que surge del proceso de investigación histórica; comprender que se constituye en el lazo más estrecho entre los seres humanos y la base de todo ser moral.

Respecto de la categoría del comprender, cada presente requiere de la “reconstrucción para sí de su ser devenido, su pasado”, el cual debe ser comprendido “a la luz de los conocimientos adquiridos, en cierto modo desde un más alto punto de vista y con un horizonte más amplio, lo que es y ha llegado a ser.” (Droysen, 1983, p. 102). Si las cosas que se trata de comprender en el curso de la investigación histórica, se encuentran más distantes de nosotros, menos condiciones de posibilidad tenemos para verlas y comprenderlas correctamente, porque, para que surja la comprensión “se requiere una amplia, difícil y erudita mediación para poder situarse en lo extraño y en lo que ha llegado a ser incomprensible, para reconstruir las nociones y los pensamientos a partir de los cuales hace siglos y milenios se hicieron y se concibieron las cosas, para entender en cierto modo, el lenguaje que hablan esas para nosotros extrañas situaciones y acontecimientos.” (1983, p. 102).

En esa reconstrucción de nociones y de pensamientos acerca de lo que fue y llegó a ser, es cuando aparece “entonces nuestra ciencia con una tarea especial y característica (...) que debe penetrar más hondamente, hacer resucitar y comprender espiritualmente, en la medida de lo posible, lo que del pasado aún puede encontrarse; pretende, en cierto modo, crear nuevas fuentes.” (Droysen, 1983, p. 102). Para la creación de nuevas fuentes, se puede llevar a cabo a través del uso y manejo de materiales, como monumentos que no se habían trabajado hasta entonces porque no se comprendían o porque no se habían hallado.

La tarea que debe abordar el investigador de la historia, se centra en tres aspectos fundantes: tener una gran profundidad histórica y política, poseer el arte de interrogar las fuentes. Haber desarrollado la destreza y el arte de la interpretación de situaciones y de condiciones políticas.

8. Hallazgo del material

Arguye Droysen que respecto del trabajo con las fuentes, se hace necesario conseguir nuevo material, como por ejemplo: “concepciones, opiniones y, si es posible, restos que provengan del contexto de aquellos sucesos para poder tener un control y realizar otras deducciones. Cuando se trata de cosas de los últimos siglos se dirige uno a los archivos (...) ahí se tiene el material en bruto de los asuntos.” (1983, p. 104). En el trabajo con la investigación de las fuentes, juega un papel preponderante la heurística, considerada como el arte de buscar los materiales necesarios, ya que “la genialidad del investigador se muestra en saber encontrar materiales donde otros no vieron nada hasta que se les mostró todo lo que allí había.” (1983, p. 105).

Para la investigación histórica las fuentes son la representación o el recuerdo que las múltiples formaciones humanas han fijado en diversos medios materiales, que dan cuenta de un pasado que es presente, accesible y adecuado para los fines de la investigación que va a permitir despertar en el espíritu humano la representación de lo que fue y es para siempre pasado. Ese trabajo investigativo requiere de la heurística, como herramienta que permite descomponer la pregunta en sus elementos y así mismo acontece con los materiales.

“El fundamento es que las cosas, precisamente porque una vez fueron y tuvieron efecto, deben haber tenido un sentido y que es posible representar su devenir y su decurso según este sentido (...) para reencontrar el contexto perdido.” (Droysen, 1983, pp. 106-109). Este autor destaca que partiendo de la hipótesis como presupuesto de un contexto del cual se desprende como evidencia la demostración, es que se ha fundado el descriframiento de la escritura cuneiforme persa, así como a las escrituras asirio-babilónicas y de las llamadas escrituras turánicas.

De otro lado, se debe resaltar que a las fuentes y materiales históricos pertenecen “los efectos de las cosas a que nos remitió nuestra tarea, nuestra pregunta, efectos que no conocieron y no sospecharon los contemporáneos. Lo que sigue a los grandes sucesos es, en cierto modo, un análisis y un acabar de pensar los momentos que se hallaban y operaban en ellos. Y si estos efectos siguen a estos comienzos, tenemos entonces el derecho y el deber de sospechar en los comienzos sus gérmenes, sus impulsos. Al conocerlos y constatarlos, obtenemos un material histórico, que resulta de los efectos y desarrollos.” (Droysen, 1983, p. 112).

La tarea de la investigación histórica “tiene derecho a concebir los hechos a la luz de la significación que adquirieron por sus efectos. Sin estos contextos, sin esta continuidad, se renunciaría a comprenderlos históricamente. Pero hay que tener conciencia de que es nuestra comprensión la que los profundiza, no hay que creer que hay que concebirlos como su presente, como los vieron las primeras fuentes.” (Droysen, 1983, p. 113).

III. La Crítica.

Al abordar la tarea de la investigación histórica, la llevamos a cabo, tras la visión y representación que tenemos de un determinado momento histórico y que pretendemos saber hasta qué punto y cómo lo encontrado permite complementar el material histórico seleccionado para dar respuesta a la pregunta formulada y a ello se llega luego de examinar ese material, analizando hasta qué punto puede ser adecuado a las necesidades de esa investigación.

Para tratar con el desarrollo de las tareas de la investigación histórica, donde ha de tomarse en cuenta el trabajo con la categoría crítica, se debe tener en cuenta que ésta posee un uso múltiple en los diversos ámbitos del saber (la filología, la crítica de arte, la filosofía); desde Kant, en la filosofía su significancia investigativa asume los aspectos especulativos.

En el campo de la investigación histórica, la situación es compleja hasta tanto no se tenga claridad respecto de la tarea relevante que tiene trabajar con la categoría crítica, tarea crítica que se determina de sí misma, como veremos. Por su parte, desarrollar la tarea crítica en los diversos ámbitos del saber, va a ser tarea común en aspectos como: “el examen y la investigación de algo dado o hecho.” (Droysen, 1983, p. 114).

Dando por caso que se tenga la idea fundada en que la investigación histórica debe juzgar algo acontecido o hecho, es una idea fundada que se podría criticar desde la perspectiva material que tiene en cuenta “el rendimiento histórico tal como la conducción de una

guerra, la constitución de un Estado, los hechos literarios y artísticos de una época” (Droysen, 1983, p. 115); pero también se puede criticar desde la perspectiva moral, que tiene en cuenta: “los caracteres, los talentos, las acciones de las personas que actuaron históricamente, los motivos y las condiciones de sus acciones” (1983, p. 115). Para el campo de la investigación histórica, la tarea que surge al trabajar con la categoría crítica es controversial porque se debe tener en cuenta “lo que tiene que hacer la crítica y hasta dónde alcanza su competencia” (Droysen, 1983, p. 114).

En ese recorrido de la crítica y tras un segmento de tiempo amplio, la historiografía, asumió ese proceder y se dio por satisfecha con esta idea de la investigación histórica, pero también consideró que su tarea fundamental radicaba en asumirse en la conversión de un tribunal que “considera a la historia universal como el tribunal del mundo y hasta actuar como tal” (Droysen, 1983, p. 115).

Por su parte, los documentos de que se dispone para llevar a cabo la investigación histórica, no son lo suficientemente idóneos para que se pueda proceder a juzgar y condenar; pero tampoco posee la investigación histórica los métodos y los procedimientos necesarios para que se pueda juzgar una obra de arte que le corresponde al ámbito de la ciencia del arte; la dirección y el manejo de una guerra, que le concierne a la ciencia de la guerra; el avance y progreso económico, que forma parte de los estudios de la teoría económica.

Un progreso para el conocimiento de la investigación histórica, se constituyó en el hecho de haber asumido de manera temprana la necesidad de “examinar y corregir los hechos tal como fueron transmitidos y como se los creyó” (Droysen, 1983, p. 115); a ese progreso del proceder en la historia, examinando y corrigiendo los hechos como se han transmitido, fue un aporte del historiador griego Tucídides, quien empleo en su trabajo el método de fijación de “los hechos con la mayor corrección posible; a diferencia de Heródoto, quien actuó en sus estudios históricos “de fácil fe y muy dado a buscar historias simpáticas” (1983, p. 115); en tanto que Polibio en su quehacer “puso de relieve el interés en lo sobrio y adecuado al material y le dio valor exclusivo” (1983, p. 115).

Vimos cómo fue Tucídides quien, no solo utilizó en sus investigaciones el logos, sino que: “comparó críticamente la tradición, que utilizó documentos, actas, cartas oficiales del *Metron de Atenas*.” (Droysen, 1983, pp. 115-116); esa manera detallada de investigar, fue asumida o puesta en práctica con “Aristóteles y con los escritores attidentes, con Tolomeo en la historia de Alejandro, se mantuvo en Jerónimo en la historia de los diácodos, y así hasta Polibio, quien posiblemente tomó más de los documentos que de los conocidos tratados que él cita, por ejemplo con Cartago, y también otras piezas oficiales, como por ejemplo, sobre la legión y el campamento. Y con Varro alcanzó la literatura romana un rasgo realmente erudito.” (1983, p. 116).

Para ilustrar lo anterior, explica Droysen que “el primer ejemplo de una investigación real crítica es el de Larentius Valla: él demostró en 1439 la inautenticidad de la llamada dominación de Constantino y del documento correspondiente, demostró igualmente el enrevesamiento de la opinión eclesiástica según la cual el llamado símbolo apostólico provenía de los doce apóstoles; desenmascaró la inautenticidad de la supuesta carta de Cristo al Rey Abgar de Edessa” (1983, p. 116).

Ese desarrollo del espíritu crítico de la modernidad europea, emerge fortalecido en el movimiento revolucionario de la Reforma promovido por Martín Lutero; movimiento que sirvió como un “medio contra el papismo fue la demostración crítica de que la teoría de los siete sacramentos convertida en dogma por la Iglesia, su teoría de la tradición, sus decretalias pseudo isidorianas, su culto a María y sus historias de santos era vana falsificación y engaño. Hasta que Flacsius, hacia 1550, limpió críticamente en sus *Centurias* toda la historia de la Iglesia” (Droysen, 1983, p. 116)

En este devenir progresivo de la tarea de la investigación histórica y dentro de la pugna gestada entre los Países Bajos y España, afloró una camada de investigadores hugonotes, entre los que sobresalen: “Casaubonus, los dos Escalígeros, Hugo Grocio, que extendieron el arte crítico más aún sobre el amplio campo histórico” (Droysen, 1983, p. 117). Observamos así un desarrollo de la crítica que pugna como una contradicción entre lo sacro y lo profano.

De ese nudo formado entre la tradición de los estudios críticos que navegan entre esas dos orillas de lo sacro y lo profano, contribuyen a fortalecer estas investigaciones críticas las “diplomáticas de Leibniz, las jusnaturalistas de Pufendorf y Christian Thomasius y, al mismo tiempo, de Pierre Baye en su *Dictionnaire historique et critique*, el primer resumen crítico culto de los resultados obtenidos y destinado al público.” (Droysen, 1983, p. 117).

En ese devenir del fortalecimiento de los estudios críticos, va a tener un impulso a comienzos de siglo XVIII con los trabajos de Griesebach, quien escribió “contra la historia bíblica y sus milagros. Se trataba de la diferenciación racional de lo que según la naturaleza de las cosas y sus leyes inmodificables, es posible o imposible.” (Droysen, 1983, p. 117).

Por su parte, los estudios filológicos, van a tener el mérito de hacer avanzar la crítica. “Perizonius y Benteley” (Droysen, 1983, p. 117), fueron quienes abordaron la enseñanza del sistema crítico “desde los aspectos exteriores de la tradición” (1983, 117), a través del “racionalismo escéptico” (1983, p. 117), teniendo en cuenta “el contenido material de la tradición y de lo alegado, el estilo y el curso de los pensamientos en los textos transmitidos, para separar en ellos lo auténtico de lo inauténtico” (1983, p. 117).

Posteriormente, se destacaron Lessing, Winckelman, Wolf, Niebuhr, “quienes aplicaron el mismo sistema crítico a filofemas, a obras de arte, a grandes obras literarias como las de Homero, Livio” ((Droysen, 1983, p. 117), estos estudiosos convirtieron a las fuentes de conocimiento en objeto de la investigación; fuentes que permitirían “explorar toda noticia sobre la Antigüedad” (1983, pp. 117-118). Por su parte, la teología, con los trabajos de Friedrich Christian Baur, representante de la Escuela de Tubinga, se impuso este mismo proceder respecto de las investigaciones acerca del Nuevo Testamento.

Va a ser en el año de 1730, tras la edición de los *Monumenta Germaniae*, que las escuelas de Pertz, Bohemer y Ranke, va a profundizarse el desarrollo de la crítica histórica, tras avanzar en la continuación de los estudios iniciados por Niebuhr con su *Historia de Roma* y su interés por la historia alemana del medioevo (Droysen, 1983, p. 118).

En todo ese proceso de consolidación de la escuela crítica, su carácter fundante estriba en que el método de la ciencia histórica se orienta hacia la tradición de las fuentes. Se destacan los estudios de H. v. Sybel, con *Las leyes del saber histórico* (1864), Maurenbrecher, Ullmann, pero, va a ser el estudio de Doennige, quien con su obra *Crítica de las fuentes de la historia de Enrique VII* (1841), quien va a hacer un aporte mayor.

Arguye Droysen que para Doennige, la crítica debe averiguar el hecho objetivo a través de “la rigurosa investigación y la comparación de los informes. La crítica pues tiene que ser auténticos los informes. Así hace posible la crítica de su exposición; su fin es poner en relieve el hecho histórico de manera tal que sea posible encontrar la idea del hecho. Luego aparecen otras actividades, como la producción. La opinión parece ser que la producción es el encontrar y asir la idea que se encuentra en los hechos” (Droysen, 1983, p. 118).

Esta concepción crítica se fundamenta en el hábito surgido en el medioevo europeo de comparar las fuentes; concepción que se fundamenta en “diferenciar las fuentes originales de las deducidas y de tener por objetivos los hechos que resultaron de las primeras fuentes demostradas.” (Droysen, 1983, pp. 118-119). Concepción crítica que según este autor, tiene aplicación a las investigaciones histórico políticas y eclesiásticas, porque en los ámbitos de la arquitectura o de la economía, “no hay fuentes escritas que cuenten estas cosas” (1983, p. 119), igual acontece cuando se va a abordar la crítica en la historia de la literatura y del arte.

Este devenir de la concepción de los estudios críticos, van a fundamentarse en la sospecha cimentada, fundada en que la investigación histórica debe centrar su atención en los materiales históricos, los cuales van a permitir el conocimiento “de lo que es el pasado y de lo que ha pasado” (Droysen, 1983, p. 119). Un reparo que plantea este autor acerca del concepto de hecho objetivo, radica en que este proceder desconoce la naturaleza de los materiales históricos, naturaleza que se funda en que, de los materiales históricos “ha de sacarse sólo exclusivamente nuestro conocimiento de lo que es el pasado y de lo que ha pasado” (1983, p. 119); por hechos objetivos se designa: una batalla, un concilio, una rebelión, por lo que surgen las preguntas “¿han existido como tales en la realidad? ¿No son más bien los actos de muchos, de innumerables detalles de un proceso que sólo la representación humana resume y recoge como tal, según una finalidad u ocasión o efecto comunes a estos detalles?” (Droysen, 1983, p. 120).

Esa segunda indagación es la que va a permitir mostrar que los hechos objetivos no han existido en ninguna realidad, porque más bien, son los actos humanos de voluntad, surgidos en un momento específico del tiempo y del espacio, actuaciones que se derivan de los múltiples asuntos y negocios en los que se desenvuelven los seres humanos en el devenir de sus vidas, como en lo que es común, el espíritu de familia, el espíritu de pueblo, que conducen a los asuntos del Estado, de la Constitución Política, de las leyes, de lo económico, de lo político, de lo cultural y de lo religioso; actos humanos de voluntad que dejan materiales, fuentes, restos y huellas legadas por las formaciones históricas que van a permitir auscultar, buscar, leer y comprender, a quien, desde cada presente, desde ese presente que habite el investigador de la historia, que revise los innumerables detalles de ese proceso, para resumir y recoger esas representaciones humanas que le permitan dar

respuesta a la pregunta o preguntas formuladas en su proceso de despliegue de la tarea de la investigación histórica.

Proceso de investigación histórica que le permitirá al investigador ampliar, la estrecha, parcial y oscura representación de ese pasado o pasados que ausculta con el fin de ampliar la comprensión de esos pasados, a fin de complementarlos, corregirlos, aumentarlos, conforme con puntos de vista nuevos, tratando de alimentar y enriquecer el mundo intelectual humano, a través del “conocimiento fundado de continuidad del desarrollo moral humano (...) con la comprensión de su contexto” (Droysen, 1983, p. 36), y de esa manera de estudiar lo qué es y acontece y se indaga por qué es y acontece.

Esos innumerables detalles del proceso que sólo la representación humana resume y recoge de los actos humanos de voluntad que contienen “el sufrir, el quehacer de tantos individuos, de los cuales resulta para la representación humana conjunta” (Droysen, 1983, p. 120); lo que va a constituir un objetivo real de esos innumerables detalles, va a ser el tener en cuenta para la representación humana conjunta, el hecho de que fueron “miles los que se movieron y combatieron y se rebelaron” (1983, p. 120).

Dentro del proceso de investigación histórica, estos actos humanos de voluntad, permiten conocer el devenir del quehacer y el sufrimiento humano, permitiendo comprender que todo lo que forma parte de la disciplina histórica “ha nacido de tales actos de voluntad, de tal quehacer y sufrimiento de los hombres, es, en el fondo, un juicio analítico; es sencillamente la descripción del concepto del mundo histórico, es decir, del mundo moral.” (Droysen, 1983, p. 120).

El conocimiento histórico se funda en la búsqueda de lo que se llevó a cabo de tal manera, se funda también en la búsqueda de lo que determinó y unió en un momento específico las voluntades individuales que tuvieron motivos e impulsos en su actuar, pero que a su vez, ese acontecimiento tomó tanta fuerza que rebasó el ámbito de los actos y del querer individuales. “un artista, el pensador, el gran gobernante, el guerrero están en condiciones de configurar su voluntad y su pensamiento en lo que ellos hacen. En otros casos se juntan muchas voluntades para producir algo común, y lo hacen de manera tal que, aunque siendo en lo demás individualmente diferentes, se encuentran en esta obra, en esta dirección y en este propósito.” (Droysen, 1983, p. 121).

Llegados a este punto, surge la pregunta: ¿Qué es lo históricamente importante?, lo históricamente importante es el impulso que actúa en los actos de voluntad individuales, que hace que miles y miles confluyan en esa misma voluntad “es lo que constituye la significación histórica de estas decisiones” (Droysen, 1983, p. 121).

Para otros contextos, arguye Droysen, los actos de voluntad individuales se encuentran en la misma dirección y en el mismo género que para el ámbito histórico. En el caso del lenguaje de un pueblo, éste se realiza a diario en cada hablante, pero, como el lenguaje vive en el espíritu de cada pueblo y forma su universo de representaciones “es un poder que es más potente que cada individuo y que sus actos de voluntad mediante los cuales el lenguaje se realiza y vive.” (1983, p. 121).

Droysen destaca las tres formas de las que se derivan los actos humanos de voluntad de los cuales resultan los hechos: 1) una voluntad dominante que determina a muchos; 2) muchos actos de voluntad concurrentes y que cooperan en este caso determinado; 3) la totalidad de las voluntades determinada por una más alta forma común (1983, p. 121). Teniendo en cuenta este camino trazado desde la pregunta crítica, el material que se tiene para abordar la investigación histórica “es lo que de lo pasado aún no ha pasado -o bien restos- y éstos se han producido por la mano y por la voluntad de los hombres, por actos de voluntad- o fuentes, es decir (...) que es la concepción de un testigo de vista o de oído y de aquellos que lo oyeron de éstos y luego lo contaron hasta que luego uno o varios escribieron lo transmitido de tal modo” (1983, p. 115).

Vemos aquí la importancia que reviste para la investigación histórica el trabajo con los materiales, como los restos y las fuentes, las tradiciones, los monumentos, y son importantes porque ellos transmiten “conocimiento de acontecimientos de tiempos pasados, esto es de actos de voluntad que existieron y operaron en otro tiempo en su presente y que, actuando de tal y cual manera, produjeron lo que deseamos representarnos en la forma de la historia.” (Droysen, 1983, p. 122).

Es evidente que lo ocurrido y lo hecho que se investiga, son en efecto, hechos de realidades pasadas y por ende, no se pueden aprehender empíricamente y darles un tratamiento científico, porque, lo que existe de eso que ocurrió, y de los hechos, está presente aún en tales materiales de trabajo que aborda la investigación histórica para conocer y ampliar el devenir de esos actos humanos de voluntad que se estudian de una determinada formación histórica específica.

¿Cuál es la tarea que aborda la crítica histórica? Dentro del proceso de investigación histórica, el material que sirve de base para el proceso, es decir, las fuentes, debe proporcionar conocimiento acerca de los actos humanos de voluntad y por ello, se trata de establecer “en qué relación este material histórico se encuentra con los actos de voluntad, que tratamos de utilizar históricamente” (Droysen, 1983, p. 122); en efecto, al resolver esta pregunta formal respecto de la relación que existe entre las fuentes y los actos humanos de voluntad, se puede utilizar el testimonio que se desprende de ella, de conformidad con su contenido.

Ahora bien, para proceder a la resolución de esa pregunta formal, se tienen en cuenta tres puntos de vista que se pueden aplicar a los tres géneros del material histórico:

“a) ¿Es el material realmente aquello por lo cual se lo tiene o por lo cual se lo quiere tener? A eso responde la crítica de la autenticidad (...) b) ¿Es el material, aún inmodificado, lo que era y quería ser, cuando surgió, o qué modificaciones ha sufrido y hay que dejarlas de lado? A esto responde la crítica de lo anterior y de lo posterior, en cierto modo la descomposición del material según sus estratos (...) c) Se pregunta si el material podía y pudo dar, cuando surgió, aquello para lo cual sirve de prueba o pretende servir como tal, o si inmediatamente, cuando surgió, correspondió sólo relativamente a aquello de lo que da testimonio. A esta pregunta responde la crítica de lo correcto. Habrá de verse que la llamada crítica de fuentes tiene

aquí su lugar (...) d) Se pregunta finalmente si el material, tal como existe, contiene todos los momentos acerca de los cuales la investigación exige testimonio e información, o si y en qué medida es incompleto. A esto responde la ordenación crítica del material verificado (...) El fin de la ordenación crítica es reunir el material purificado según sus ranuras y sus intersecciones, según sus contextos reconocibles de modo que también se reconozcan las lagunas.” (Droysen, 1983, pp. 122-123)

a) *La crítica de la autenticidad* (Droysen, 1983, p. 123), esta crítica se basa en el problema de las falsificaciones que se presentan “en todos los campos del material histórico” (1983, p. 123); este problema de las falsificaciones en torno del saber histórico, va a resultar de especial interés en la última fase de la Edad Media europea, respecto de establecer al diferencia entre lo auténtico y lo falso. Son múltiples las formas en las que se presenta la falsificación. En el engaño político se falsea para vender; por vanidad personal o nacional. Aquí, el papel que debe realizar el trabajo histórico es “el asegurarse si el material con el que se trabaja es aquello por lo que se lo tiene o pretende ser” (1983, p.124).

Para proceder a probar la falsedad o inautenticidad de una fuente, se debe proceder a probar el origen real de lo falsificado, la época de la cual proviene, así como el propósito de la falsificación (Droysen, 1983, p. 124). Una vez se cumple con la verificación del material, éste puede ser de utilidad en otro campo y utilizarse como material histórico. Emerge la pregunta respecto de ¿cuáles son las formas más importantes de los materiales históricos, para que se pueda definir el tipo de crítica sobre ellos?, Droysen va a destacar varios aspectos:

1. El error popular. A los restos que provienen de épocas culturales anteriores, la población les otorga falsos nombres; ese error también se presenta cuando hay monumentos o restos mal interpretados.
2. La falsificación se presenta en colecciones privadas de obras de arte, pinturas.
3. Igualmente ocurre falsificación con la numismática, o colección de monedas, falsificación presentada en el metal usado o en la acuñación oficial de símbolos distintivos.
4. Epigrafía o inscripciones. Se aplicó la crítica epigráfica que instauró Boeck, a inscripciones griegas y romanas, tras estudiar su contenido lingüístico y material.
5. Diplomática. Conocida como la crítica de los documentos. En Egipto desarrollaron formas de legalización de los documentos, al igual que en Grecia y Roma, pero su uso se conecta a la tradición romana. La crítica diplomática apunta a la autenticidad de un documento, conforme con criterios externos. “La falsificación de documentos atraviesa toda la Edad Media; se convirtió en una verdadera rama de los negocios.” (Droysen, 1983, p. 133)

En consecuencia, la crítica histórica debe utilizar en todas sus investigaciones las ayudas lingüísticas y materiales, así como los motivos de la forma estilística y del contexto pragmático, a fin de concluir si un documento es auténtico o no. La pregunta que emerge aquí estriba ¿en qué aspectos consiste la falsificación de un documento?, la falsificación consiste en que, si bien el escrito es auténtico, se le otorga un nombre falso, o que se compone de un escrito falso y se asigna un nombre notorio y destacado en la época.

b) *La crítica de lo anterior y lo posterior* (Droysen, 1983, p. 139). Aquí el elemento fundante yace en la naturaleza de los materiales históricos porque éstos tienen la propiedad

de ser algo conservado que llegó hasta el presente y son materiales que ya no son lo que eran al momento en que surgieron y porque, al paso del tiempo esos materiales se han mezclado con otros elementos, o se han modificado en sus formas. Como material histórico “hay que separarlos según la sucesión cronológica y así verificarlos” (1983, p. 141)

Son material histórico: las constituciones políticas de los Estados, las creencias, las formas y creaciones de la vida comunitaria, los edificios de las ciudades, “pero su finalidad no fue y no es el de mantenerse inmutables; viven con las generaciones que siguen y según las necesidades de cada presente se transforman y reconfiguran constantemente (...) su proceso vital continúa ininterrumpidamente, sea que crezcan o que se hundan en sí” (Droysen, 1983, p. 142).

Por su parte, el mito no narra o contiene un hecho histórico propiamente, sino que él muestra un modo mítico o proporcional o popular del mismo.

Así pues, la crítica de lo anterior y posterior, “lleva a una nueva configuración en la que se verifica el material existente.” (Droysen, 1983, pp. 147).

La crítica de lo correcto (Droysen, 1983, pp. 148). Dentro del proceso de investigación histórico, resulta relevante indagar “si lo que le ofrece el material existente es y puede ser correcto y verdadero o de si por su origen, su determinación y su naturaleza tiene que ser incorrecto y no verdadero” (1983, p.148); en este apartado de la crítica de lo correcto, se trata de estudiar el “contenido de la concepción de lo que fue real que se expone en el material y de lo que éste da testimonio.” (1983, p. 148)

Para abordar este apartado de lo correcto o incorrecto, que se extrae de las fuentes, de los restos, de los monumentos, de los archivos, se extraen los restos de los negocios que se presentaron en una determinada formación histórica; se procede a estudiar su contenido a fin de observar las concepciones que ellos expresan; de esas concepciones afloran las incorrecciones, las cuales pueden tener un tinte de informativas en cuanto a si fueron elaboradas a propósito o a través de un descuido y pueden servir de material histórico, no solo dan testimonio, sino que también sirven como testimonio (Droysen, 1983, p. 148).

Respecto de esta crítica de lo correcto, Droysen formula unos interrogantes a tener en cuenta para confrontar los materiales, ellos son:

“1. ¿Es posible la corrección de lo que nos da el material de acuerdo con las pautas de la experiencia humana y del conocimiento? 2. ¿Es posible, teniendo en cuenta las circunstancias y condiciones en las que se escribió el informe? (...) En los dos casos la crítica mide, en el objeto concebido la concepción misma y su justeza. 3. Hay, en los motivos, en la finalidad, en las relaciones personales del informante, indicios de un enturbiamiento de la concepción y es ello reconocible? Así, en muchos informes de negocios. 4. ¿Es inevitable la incorrección debido a la precariedad de los medios de la observación, en la forma y modo de la encuesta?” (Droysen, 1983, p. 155). La crítica de las fuentes va a permitir que se aborde la investigación histórica a través del material verificado.

d) *La crítica de las fuentes* (Droysen, 1983, p. 157). Al abordarse la tarea de la investigación histórica, se debe tratar de escribir en la medida de las posibilidades, teniendo en cuenta la indagación de cómo ocurrió ese acontecimiento en esa específica formación histórica. Igualmente se preguntará hasta dónde se puede llegar con esa tarea histórica, teniendo en cuenta si se puede proceder a hacer una crítica de los restos, de las instituciones.

En el trabajo de la crítica de los materiales, de las fuentes, propone Droysen, se descarten los “conceptos falsos” que tratan del “hecho objetivo”, de la autopsia y de la completitud, ello, por cuanto no se puede desconocer la naturaleza de las cosas, que forman parte del trabajo e investigación de la historia. Al respecto, nos ilustra este autor:

“Lo que ha acontecido objetivamente en un pasado es algo completamente distinto de lo que se llama hecho histórico. Lo que acontece se concibe, comprende y vincula sólo mediante la concepción como proceso coherente, como un complejo de causa y efecto, de finalidad y realización, brevemente como *un* hecho, y los mismos detalles pueden ser concebidos por otros de distinta manera, pueden ser combinados por otros con otras causas, efectos o finalidades.” (Droysen, 1983, p. 161).

Todos los materiales, todas las fuentes, por positivas o negativas que sean “son concepciones de acontecimientos, sea que la concepción haya surgido inmediatamente frente a los acontecimientos, sea que haya sido el resumen de una cantidad de estas concepciones inmediatas y primeras, sea que quien vino posteriormente se formara su concepción y la escribiera con las narraciones orales de la segunda o tercera generación o que tras siglos un escritor la formulara utilizando las fuentes escritas que tenía a mano (...) la concepción de acontecimientos, la pregunta de la crítica es siempre esencialmente: en qué medida es y puede ser correcta la concepción en el caso dado, es decir, en qué medida corresponde a los acontecimientos.” (Droysen, 1983, p. 161).

El trabajo de investigación histórica con las fuentes debe permitir el que se tenga en cuenta, ese material que ha captado y reproducido en lo que expone en asuntos como: los acontecimientos, los hechos, las negociaciones. Este trabajo, como ya se destacó en precedencia, no tiene nada que ver con los hechos objetivos. Las fuentes, por su parte, tratan con las concepciones de los hechos consignados en ellas, preguntando el investigador, hasta qué grado las concepciones registraron de manera material y correcta los hechos. Las fuentes son la primera concepción histórica, dado que aluden a su primer entendimiento histórico. Es necesario destacar que la historia es “la representación espiritual de lo que sucedió allí; lo sucedido según su significación, según su contexto, su verdad.” (Droysen, 1983, p. 165).

e) *La ordenación crítica del material*. La crítica histórica tiene la tarea de “investigar los materiales, que hemos podido encontrar para la solución de una tarea histórica, en todas las direcciones posibles, para ver si son útiles y en qué medida lo son” (1983, p. 173). A las fuentes, al material que se tiene para la realización de la investigación, se debe interrogar 1) si es auténtico, por lo que se lo tiene y se lo quiere tener; 2) si no se ha modificado, es lo que fue y quería ser, o si tiene mezclas de aspectos anteriores o posteriores, 3) si ese

material histórico elegido es correcto para la investigación; 4) si el material posee los aspectos requeridos para proceder a responder la pregunta formulada en la investigación, o si es incompleto.

Para Droysen, la tarea de la crítica de las fuentes para la historia debe dejar claro que “todo el material histórico es incompleto, y la investigación tiene que tratar de ponerse en claro en qué medida lo es” (Droysen, 1983, p. 174), puesto que esa verificación del material permite mostrar que lo consignado en él, se encuentra lo que se tiene y se sabe del pasado y por ello se procede a preguntar: ¿cómo fue ese pasado?, ¿Cómo ocurrió ese pasado?, ¿de qué se trataba en ese pasado?, ¿qué se logró o falló de ese pasado?. Ese material debe permitir al investigador obtener la concepción de ese pasado.

Para todo este proceso de investigación histórica, se debe ordenar críticamente el material, teniendo en cuenta la sucesión temporal del mismo, allí emerge la cronología, considerada una ciencia auxiliar de la crítica de las fuentes y los materiales (Droysen, 1983, pp. 175).

1. La Interpretación

Un aspecto para tener en cuenta dentro del proceso de investigación histórica es el hecho de que “podemos entender completamente lo que es cuando conocemos y ponemos en claro cómo ha llegado a ser” (Droysen, 1983, p. 181), y esta pregunta solamente la absolvemos en el decurso de la investigación que nos va a permitir comprender de manera posible cómo es eso que hemos concebido como algo devenido y podemos aclarar su devenir, pero a ello llegamos partiendo de lo que es, para luego concebirlo y analizarlo en forma temporal a fin de poder entenderlo. De lo anterior emerge la doble fórmula de “ver y captar la cosa”, operación que nos permite arribar a “nuestra comprensión de la cosa al considerarla estereoscópicamente desde dos (...) puntos de vista.” (1983, 181).

Al tener en cuenta estos aspectos de la investigación, es preciso resaltar, como se ha venido haciendo en este estudio, que la historia es una ciencia empírica “en cuanto que lo que es y lo dado es el material de su investigación; es exacta en cuanto que en silogismos adecuados adquiere de este material sus resultados y no los deduce de comienzos hipotéticos; y en cuanto que lo que tiene empíricamente a la vista no trata de aclararlo a partir de primeros gérmenes u orígenes que no tiene a la vista empíricamente.” (Droysen, 1983, p. 182).

Droysen va a ser enfático al precisar que el cosmos moral es “el ser propio del mundo histórico” (1983, p. 182), mundo del que forman parte “la libertad de la voluntad, la responsabilidad de los actores y el derecho de cada uno de ser un nuevo comienzo y una totalidad en sí. Con esta consideración se toma distancia de la llamada falsa doctrina de la naturalidad que apunta al presunto desarrollo orgánico en la historia.” (1983, p. 182)

En el proceso de investigación histórica se asume el proceder de la interpretación de los materiales que se tienen a la vista a fin de explorar, tras ser dilucidados e interpretados los materiales, arribar a su comprensión posible de lo que en ellos se puede conocer respecto de los hechos de los que dan testimonio. La interpretación histórica es “un aflojar y un descomponer estos materiales que parecen secos y encogidos: con el arte de la

interpretación queremos que vuelvan a moverse y a recuperar el lenguaje.” (Droysen, 1983, pp. 183).

2. Formas de la interpretación

Para acercarnos al proceso y la tarea que cumple la interpretación histórica, previamente debemos pasar por el ejercicio que llevamos a cabo los seres humanos y que se trata del comprender, dado que esta categoría “es el conocer más perfecto que nos es humanamente posible (...) el comprender es el lazo más estrecho entre los hombres y la base de todo ser moral” (Droysen, 1983, p. 34).

En consideración de ese lazo estrecho entre los seres humanos y las relaciones que se presentan en el diario vivir, emerge el lenguaje y de éste surge el hablar, el cual me permite comprender al “otro cuando estando frente a él percibo sus palabras, capto el tono y el acento de su voz, la expresión de sus ojos, de su rostro entero, de sus gestos” (Droysen, 1983, p. 183), y se comprende a ese otro en el hablar porque se percibe y se capta “la plena expresión de su ser íntimo” (1983, p. 183).

Los aspectos relativos al comprender para llegar al acto de la interpretación, se realizan teniendo presente las relaciones que se establecen y que presentan “los materiales históricos y las operaciones que tenemos que realizar con ellos” (Droysen, 1983, p. 184). Previamente ha sido llevada a cabo la tarea de la crítica de los materiales o fuentes, tarea que consistió en su depuración, en su verificación y comprensión, hasta tenerlos ordenados, y la siguiente fase es extraer de su entendimiento y comprensión a fin de “captarlas como expresión de lo que se quiere captar allí” (1983, p. 184).

Respecto de la tarea que se adelanta en el proceso de investigación histórica, se hace imprescindible recordar, como lo esbozamos antes y siguiendo a Droysen que: “lo que tenemos ante nosotros como material histórico es la expresión y la primera prueba de actos de voluntad, y tenemos que tratar de entenderlos en estas manifestaciones.” (1983, p. 184)

Dado el caso que los actos de voluntad son la expresión y primera prueba del material histórico, ese material específico de la investigación, no se concentra en estudiar los actos individuales de voluntad de quienes actuaron, a cambio, la tarea de la investigación histórica centra su atención en “adquirir una noción y comprensión de los acontecimientos y situaciones que resultaron de los actos de voluntad, es decir, de los llamados hechos, y cada uno de esos hechos ha surgido por regla general de la colaboración de varios y muchos, y ha surgido en parte de manera tal que ellos se encontraban en situación de enemistad y actuaban unos contra otros. Y, ¿cómo debemos comportarnos ante hechos en los que (...) ya no es reconocible una voluntad personal y en los que nos habla solamente apenas algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época, el mismo rasgo de incontables creyentes” (Droysen, 1983, pp. 184-185).

Los actos de voluntad son los llamados hechos, que resultan de acontecimientos y situaciones en las que nos vemos inmersos los seres humanos en el decurso de nuestras vidas, esos actos de voluntad que rastrea la investigación histórica, son aquellos que han

emergido de la colaboración entre algunas y muchas personas; cada uno de esos hechos ha emergido en el desarrollo de esas relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, de creencias religiosas, y en esa emergencia de encuentros, desencuentros, luchas, disputas, se presentaban situaciones de amistad y enemistad, por lo que se conducían unos contra otros y de esas relaciones de esos actos de voluntad, de esos hechos quedaron materiales, fuentes, restos, monumentos, documentos, escritos en piedra, en hueso, en papiro, en arcilla, en papel; esos materiales son los que dentro del proceso de investigación histórica, permiten comprender y extraer el fundamento esencial de lo que nos dicen esas fuentes cuando muestran de una determinada formación histórica estudiada: algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época, el mismo rasgo de incontables creyentes (Droysen, 1983, p. 185), y poder así, de esa comprensión, hallar “puntos de vista por los que hemos de orientar nuestra comprensión histórica, nuestra interpretación, y encontrarlos de tal manera que en ellos se encuentre abarcado todo lo que se puede comprender (1983, p. 185).

Para proceder a hallar esos puntos de vista que permiten orientar la comprensión histórica es decir, la interpretación, propone Droysen asumir los siguientes pasos para que se pueda cerrar el círculo de la comprensión de los materiales: Dada “la naturaleza de la cosa”, se toma primeramente el material histórico que ha sido ordenado por la crítica y contiene un acercamiento del contexto material, y éste, completado a través de “la interpretación pragmática” (Droysen, 1983, p. 185)

Los seres humanos sentimos, pensamos y actuamos movidos por deseos, intereses y propósitos individuales, pero tenemos algo en común donde se concentra y mueve con todas sus energías y fuerzas la existencia de los poderes morales, los cuales se encuentran insertos y permeados por la sensibilidad y conciencia humana que rebasan y superan su Yo, que se ve inmerso en las grandes configuraciones del mundo común. Aquí se está en el ámbito de la interpretación de las ideas, pero Droysen la designa “interpretación según los poderes morales” (1983, p. 187).

En el trabajo de investigación histórica, aparecen los conceptos, de la arbitrariedad y la fantasía, los que le van a permitir a Droysen llamar la atención acerca de los peligros en los que puede incurrir un historiador en el despliegue de su trabajo, de formar una imagen del pasado, partiendo de lo poco o mucho que ofrecen los materiales, sin embargo, para llenar los vacíos de las pocas informaciones y de concepciones del pasado, emerge la “necesidad histórica” de incurrir en el proceso de investigación histórica en el uso de la arbitrariedad y la fantasía, no obstante, para evitar trasegar ese camino, Droysen propone que se fundamenten normas que “hagan posible un procedimiento que se mueva en límites firmes y dé resultados seguros.” (1983, 187).

Un segundo aspecto que debe revestir especial atención por el historiador, para no incurrir en la tarea de la investigación, evitando traer de forma involuntaria “las opiniones y los presupuestos de nuestro propio presente y nos procuremos con ello la comprensión del pasado” (Droysen, 1983, p. 187); este es un principio necesario al momento de la elaboración de la concepción histórica.

Es ahí, precisamente, por ese paso de la concepción histórica, es que se requiere que “el camino de una interpretación cuidadosa y metódica es posible adquirir los resultados

seguros y firmes que corrigen nuestra noción del pasado y nos facultan a medirlo con sus propias medidas” (Droysen, 1983, p. 187). Vemos pues como condición de posibilidad fundante para el trabajo de investigación histórica y su tarea de elaborar una concepción en este terreno, se requiere para ello de asumir la función de la interpretación, categoría práctica de la que forman parte el cuidado y el método, a fin de que se puedan mostrar resultados fundados en la investigación de los materiales que nos permiten corregir nuestra mirada del pasado desde la propia inmanencia interna de los materiales que dan información y concepciones de una determinada formación histórica; evitando así incurrir en arbitrariedades y fantasías, así como también, llevando la subjetividad del investigador, es decir, desde su presente y sus costumbres, ver y mirar con ojos del presente la comprensión de ese pasado.

Para las tareas propias de la interpretación en el proceso de investigación histórica, Droysen propone cuatro maneras de proceder en la interpretación: pragmática, de las condiciones, psicológica, según los poderes morales. Brevemente esbozaremos cada una de ellas:

a) La interpretación pragmática

Cabe resaltar aquí el procedimiento requerido para llevar a cabo la interpretación pragmática. Se parte de la ordenación crítica del material conservado de los restos y tradiciones que van a ser utilizados por la investigación histórica, ordenación que ha pasado por el proceso de relación recíproca que existe entre ellos, de acuerdo con el tipo de documento y con las categorías del tiempo y del espacio.

Luego de esta ordenación crítica del material, el siguiente paso para asumir la interpretación pragmática “consiste en reconocer los contextos y copertenencias de los que encuentran huellas en sus materiales; en complementarlos según estas huellas; en continuar los motivos sugeridos en ellas, y en traducirlos de lo abstracto a lo concreto” (Droysen, 1983, p. 188). Este procedimiento práctico que se asume para arribar a la interpretación pragmática, es similar, apunta este autor, al que lleva a cabo un escultor que restaura una estatua que presenta mutilaciones. En el trabajo de investigación histórica se desarrolla todo un proceso de reconstrucción de cada una de las informaciones y concepciones que relacionan entre sí las fuentes o materiales, que dan cuenta de una determinada formación histórica.

b) La interpretación de las condiciones

¿Qué se entiende por interpretación de las condiciones? En este apartado va a plantear Droysen que en el pragmatismo de los hechos se encuentra un aspecto más, y para ello reitera su analogía con la imagen del caminar, actividad en la que se reúnen todas las partes del cuerpo para producir el movimiento, son ellos: el mecanismo, la tensión, la voluntad y la finalidad; esta analogía que le sirve para afirmar que para aplicar el procedimiento de la interpretación, se requiere de cuatro puntos, puesto que “todo quehacer es un actuar bajo condiciones y en situaciones dadas, inhibitorias o estimulantes, y por ellas, según ellas, se determina lo hecho. Están pues por doquier en lo hecho.” (1983, p. 196). Cabe aquí formular la pregunta. ¿Cómo se determina lo hecho? Y del contexto de la cita respondemos: lo hecho está determinado porque “todo quehacer es un actuar” que se da

bajo condiciones y en situaciones: dadas, inhibitoras o estimulantes, estas condiciones y situaciones se encuentran por todas partes en lo hecho.

Es necesario detenerse aquí para que reparemos en algunos de los aspectos que se plantean en lo dicho por Droysen; recordemos, tal y como se ha planteado en precedencia respecto del material o materiales que utiliza la historia dentro de las investigaciones que aborda, retornando entonces a la pregunta ¿Qué se entiende por material?, es aquél que está compuesto por los hechos pasados, los restos y las tradiciones; ese material, previamente se ha depurado y ordenado críticamente, este material posee las condiciones y situaciones bajo las cuales ocurrió en su tiempo un hecho o un suceso y se recupera una parte esencial y única del mismo; el siguiente paso es, abordar el estudio del material, y la pregunta que emerge seguidamente es: ¿Qué es lo que permite demostrar el material?, ese material va a permitir demostrar las condiciones a través de las cuales el suceso fue determinado o codeterminado.

Para poder arribar a la interpretación de las condiciones, se requiere que dentro del proceso de investigación histórica se tengan presentes “su alcance y su nitidez”, es decir, hasta dónde llegan las condiciones y cuál es su claridad y transparencia y de ello “resultará inmediatamente claro cuán amplio es el terreno que abarca esta interpretación.” (Droysen, 1983, p. 197).

Del paso anterior, de la interpretación pragmática, debió ésta haber quedado dentro del proceso de investigación, suficientemente clara y nítida esta manera de interpretar, respecto del estudio de un suceso o de un contexto, a fin de percibir de ellos, es decir, del suceso o del contexto, cómo han sido condicionados o determinados: por doquier, por el aquí y el ahora, por las realidades, por los medios (Droysen, 1983, p. 197).

Este procedimiento para pensar nítidamente la interpretación pragmática, ya sea de un suceso o de un contexto, conduce al aprender a “pensar históricamente, es decir, en la medida en que nuestro sentido está despierto para las realidades y colabora en nuestra investigación, nos empuja a captar estos muchos momentos aunque las fuentes digan sólo poco o nada de ello.” (Droysen, 1983, p. 197). ¿Cómo el sentido está despierto para comprender y captar las realidades en el proceso de investigación histórica, a fin de pensar históricamente? Se trata de estudiar una determinada formación histórica, de la que los materiales dan cuenta, acerca de esos múltiples actos de voluntad, también llamados hechos, en los que se consiga algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época, el mismo rasgo de incontables creyentes; estudio que se debe hacer de la manera más concienzuda posible a fin de hallar puntos de vista por los que el investigador pueda orientar la interpretación y reunir esos puntos de vista de tal manera que se alcance una comprensión total del asunto o asuntos estudiados.

Ahora bien, si el suceso o el contexto han sido determinados por el aquí y el ahora, son condiciones de las que se derivan las categorías, y condiciones del espacio y del tiempo. Respecto de la primera categoría y condición: el espacio (el aquí), tiene que ver con “el lugar geográfico a cuyo decisivo contexto pertenece un suceso” (Droysen, 1983, pp. 197) No es la geografía solamente una ciencia histórica auxiliar, ya que su objeto de conocimiento es la totalidad de la superficie de la tierra, pero ella tiene un sinnúmero de

relaciones físicas, naturales y con el cosmos. En cuanto a la “vida histórica interviene a cada paso todo lo que trata esta disciplina. La vida y el ser de todo Estado, de todo pueblo, depende hasta cierto grado de las realidades geográficas de su territorio.” (1983, p. 197).

Esa interpretación de las condiciones geográficas comprende las relaciones de la tierra y del clima en lo que tiene que ver con la agricultura y demás productos de la tierra “todos esos poderosos factores de lo dado naturalmente, que son decisivos para la vida física y espiritual de los pueblos.” (Droysen, 1983, p. 198). Teniendo como punto de partida la comprensión de las condiciones naturales donde se ha asentado una determinada formación histórica es que se puede explicar las diversas construcciones, sus templos, lugares de enterramiento, entre otros aspectos, que permiten ser leídos por las condiciones espaciales.

La categoría y condición del tiempo, resultante del ahora, corresponde al suceso histórico de la tarea que despliega la investigación histórica al estudiar el presente anterior de un suceso que “ha ingresado en un estado devenido y luego en la forma de las simultaneidades que con su movimiento influyen desde todos los aspectos de este suceso” (Droysen, 1983, p. 199).

En lo que concierne a las categorías y condiciones de espacio y tiempo, Droysen agrega la serie de las posibilidades, las cuales permiten “dar plenitud y profundidad, en cierto modo cuerpo, a la imagen superficial de la tradición” (1983, p. 203), con esa categoría de las posibilidades se quiere significar que a través de los medios, de los materiales, de los morales ha sido posible el hecho comprobado. No se trata aquí del nexo causal de los hechos que se querían construir, aspecto tratado en la interpretación pragmática, sino que se busca reconstruir los medios a partir del hecho que existe en el material, medios que han sido necesarios para establecer ese nexo causal. Emerge aquí la interpretación de los medios, es un campo que da frutos, en el decir de Droysen, pero casi no se lo toma en cuenta: “Basta pensar que casi todo lo que forma parte de nuestro campo exige material o instrumentos, o las dos cosas, para poder ser realizado; y entonces se verá cuán grande es la importancia de esta parte de la interpretación.” (1983, p. 203).

Arguye Droysen que considera que fue Lessing quien ingresó por esa vía de la investigación al preguntarse: cómo llegaron los griegos a fabricar piedras cortadas con una gran finura, qué instrumentos fabricaron y poseían para grabar dibujos en piedras preciosas, cómo los endurecieron y de qué manera fueron usados para horadar las líneas y superficies “Ya se ve de qué cuestiones se trata. Se observa sencillamente la variedad de las colecciones de las antigüedades prehistóricas, pero inténtese la interpretación tecnológica de las mismas y se sorprenderá de los resultados. Si los egipcios pudieron cincelar y pulir la dura sienita –lo que hoy se hace con máquinas de vapor- debieron entonces tener los más duros instrumentos de acero, debieron tener un esmeril de tal y tal especie, que se debía saber manejar para pulverizar (...) Cada uno de sus colores, cada amuleto y cada vidrio en pasta, cada tejido en sus momias, es un hecho del que mediante la interpretación técnica se pueden obtener conocimientos interesantes sobre la cultura de un pueblo.” (1983, p. 204)

Otro ejemplo de la interpretación técnica que trae Droysen, sería el estudio de la manera como los antiguos condujeron la guerra, la cual está condicionada por las armas que desde su quehacer técnico habían desarrollado hasta ese momento esa formación histórica.

Otro aspecto que destaca Droysen al señalar que “en el ámbito de los medios materiales, cabe todo lo que sirve a la alimentación. El mínimo de alimentación es, según las relaciones climáticas de los países, un factor bastante constante del que resulta una cantidad de combinaciones y consecuencias.” (1983, p. 205). Todas estas perspectivas permiten comprender y explicar cómo se desarrolla “la vida constitucional de los Estados” (1983, p. 205)

En este campo de la interpretación de los medios, se debe tener en cuenta que toda investigación histórica se inserta en el percibir de manera especial la cuestión de los medios, y para arribar a ese estadio, se los debe comprender en su decurso interno, pues ellos informan del condicionamiento y determinación de esa formación histórica ubicada en determinado espacio, así como también, por las realidades de su tiempo y por los medios usados para afrontar las situaciones y las condiciones tanto materiales, como morales; a fin de que se pueda comprender lo acontecido, lo sucedido y para ello, se debe estudiar con fundamento: la política interior, su economía fiscal, su organización de los ejércitos y se llega a comparar la situación de otros ejércitos y de otras administraciones en otros Estados (Droysen, 1983, p. 206). De ahí que la cuestión de los medios dentro de la investigación histórica permita comprender vivamente lo acontecido.

Hemos hecho alusión a los medios materiales como indispensables para la investigación histórica, igual importancia poseen para ella los medios morales, aquí es necesario precisar que de los acontecimientos y situaciones surgidas en las relaciones entre los seres humanos, resultan los actos de voluntad, también llamados hechos los cuales surgen de la enemistad en la confrontación de unos contra otros; pero como estamos en el ámbito de los medios morales, esas situaciones, que se aplican de acuerdo con “su contenido moral y operantes como condición, reciben otra significación, en cierto modo otra denominación diferente de la simple situación” (Droysen, 1983, p. 206). En toda situación condicionante, ha de tenerse en cuenta los talentos, las ambiciones y las pasiones insertas en los actos de voluntad, también denominados hechos que desplegamos los seres humanos en el decurso de nuestras vidas.

Dentro del proceso de investigación histórica, para tratar de tener claridad suficiente acerca de un acontecimiento, un suceso, se debe profundizar en su estudio, a fin de arribar a la comprensión de aspectos morales como “de la voluntad, de la pasión, de la intelección de aquellos con quienes hay que actuar, sobre quienes hay que operar.” (Droysen, 1983, p. 206), aquí, se toma en cuenta la influencia que haya ejercido en su tiempo un estadista, un militar de alto rango, un artista, que actuando en su condición de figuras públicas influyeron sobre otros y deben contar con ellos en su práctica cotidiana “allí donde nuestro material nos permite conocer o suponer la acción o la participación de los muchos, allí se encuentra también el momento de esta condicionalidad y consiguientemente hay que buscarlo mediante la interpretación” (1983, p. 207).

La búsqueda e interpretación de los materiales, permite percibir que cuando se publica una obra de arte, se proclama una Constitución Política, se sanciona una ley que promulga un código penal, o una ley de recaudación de impuestos, acaso en estas expresiones de los actos humanos de voluntad de muchos ¿no están proyectadas “las condiciones intelectuales

y morales que ellas esperan y a la vez quieren determinar en el talante, el gusto, la inteligencia de los muchos?” (Droysen, 1983, p. 207).

Así pues, la interpretación nos conduce a “direcciones que compiten entre sí, y nuestra interpretación será mucho más segura mientras pueda elaborar más nítidamente estas contradicciones” (1983, pp. 208-209). Si el ejercicio de la interpretación conduce a direcciones donde se presenta la competencia y la confrontación entre ellas, por lo tanto, la interpretación histórica será más segura en tanto afronte con mayor claridad las contradicciones presentadas en las diversas direcciones de la interpretación histórica.

c) La interpretación psicológica

Va a plantear Droysen que diversos autores consideran que “la verdadera finalidad de los estudios históricos” (1983, p. 210), se presenta en esa búsqueda y esfuerzo por parte de los historiadores para comprender la imagen más destacada de los actos de voluntad de las personalidades que actúan en determinada formación histórica, tratando de extraer de sus capacidades, de su modo de ser y de su entusiasmo o querencia, el trazo narrativo de ese acontecimiento que se investiga “allí donde nuestra ciencia se propone influir o devenir popularmente” (1983, p. 210). Cuestión que para el citado autor reviste gran importancia en los aspectos metodológicos.

Droysen ha definido al “mundo histórico como mundo moral, todo en él lleva el cuño de la mano y del espíritu humanos” (1983, p. 209), ese mundo histórico, ese cosmos del mundo moral que contiene las huellas, el sello del sentir, del pensar y del actuar del espíritu humanos, mundo gastado, a poco reconocible, y no se reconoce como la obra y la voluntad de una sola persona, sino que se constituye en la expresión de la múltiple confluencia de actos de voluntad (hechos), que surgen del estudio de las diversas formaciones históricas, en tanto civilizaciones y pueblos, en tiempos remotos y recientes; aquí es donde se ha hecho recurrente la búsqueda que por parte de los historiadores en sus investigaciones llevan a cabo con el fin de “trazar narrativamente la imagen más viva posible de las personalidades actuantes, y tratan de deducir de su talento, de su carácter y de su pasión todo lo posible de cuanto aconteció” (1983, p. 209).

De otra parte, argumenta Droysen que “si la interpretación psicológica fuera la tarea esencial del historiador, entonces Shakespeare sería el máximo historiador.” (1983, p. 210), seguidamente va a mostrar su proceder, cuando toma de autores como Plutarco, Bocaccio, así como de la crónica inglesa o cualquiera otro “una historia que se le acomoda y la dramatiza. Su trabajo poético consiste en inventar los caracteres de lo que acontece; y es increíblemente fino y perspicaz en reconocer qué aspecto debe tener la interioridad del hombre que actúa y sufre; explica el destino de los hombres a partir de su interioridad. Logró lo máximo en la interpretación psicológica; nunca, o muy raramente, inventó la historia misma.” (1983, p. 210).

Acto seguido plantea Droysen que ese es el derecho que tienen para su proceder la poesía, la novela. “Y la leyenda de los pueblos es poética porque procede así, y a los pueblos se les convierten en leyenda sus pasados, porque los acontecimientos son comprensibles a todos en la medida en que se explican por el carácter, las pasiones, los talentos de los actores, y el

mito antropomorfiza a la divinidad y a los dioses porque así resultan comprensibles a los hombres cuando ven en aquéllos su propia imagen.” (1983, p. 210).

Las preguntas que se va a formular Droysen seguidamente, tienen que ver con el ¿cómo es la forma en que opera la investigación en estos asuntos?, y si el historiador puede “con buena conciencia presentar a las personas que muestran en su exposición con la misma vivacidad con que lo hace el poeta” (1983, p. 210); salta aquí la diferencia con la investigación porque los materiales que revisa el historiador para su estudio, pocas veces “o más bien nunca, alcanzan para que él pueda competir con el poeta. Y ni siquiera cuando encuentra en sus fuentes de contemporáneos, en informes diplomáticos, características que pueda tomar” (1983, pp. 210-211), se puede caer en el riesgo de otorgar hacer concepciones de caracteres, a cambio, deberá “formar su propia concepción a partir del quehacer y querer de esas personas que se encuentran en el material.” (1983, p. 211).

En los materiales históricos se da testimonio del contexto del acto de voluntad de la persona que lo quiso llevar a cabo, pero ese testimonio no es la expresión completa y clara de ese Yo que se da a conocer en los materiales; únicamente alcanza “hasta cierto grado, sólo en ciertas direcciones puede encontrar la investigación algo seguro sobre esta personalidad. Pero, para la laguna que allí queda surge otra cosa que la compensa.” (Droysen, 1983, p. 212).

Todos los seres humanos poseemos las facultades de sentir, pensar y actuar, facultades con las que funcionamos a diario en el decurso de nuestras vidas actuando en relación con el mundo, en relación consigo mismo, en relación con su familia, su comunidad, la sociedad de su tiempo, sociedad que llegó a unos determinados estadios del adelanto de los procedimientos y procesos técnicos, la política, la economía, la cultura y la religión; recordemos lo que decíamos en apartados precedentes, cuando tratábamos la relación entre el Yo y el no-Yo, desde la perspectiva de Droysen, quien aludía respecto de la facultad de pensar que: “encontrándose en medio del mundo de los fenómenos, el yo pensante puede aprehenderse y conocerse solamente en cuanto mantiene y desarrolla su contraposición con el mundo exterior, con el no-Yo” (1983, p. 14),

Esos actos de voluntad que devienen de un propósito, de un talante, de una excitación, de un Yo en movimiento, que muestra sus contornos vacilantes, en constante cambio y transformación de esa conducta que moldea la personalidad de cara a ese su hacer.

Un acto humano de la voluntad es igual al actuar, y habíamos destacado en precedencia que todo quehacer es un actuar, y así, lo hecho es obra de la voluntad que se da bajo condiciones y en situaciones dadas, inhibitoras o estimulantes, condiciones que según su intensidad caracterizada por la debilidad, la firmeza o la torpeza de la voluntad será posible reconocerla y diferenciarla si se expresa un sentimiento espontáneo, o si se presenta como una fuerza pensada de manera serena y con un claro convencimiento de lo fundamentado.

La cognoscibilidad, se desprende que una voluntad férrea, de acuerdo con los fines para los que haya sido actuada, bien sea un fin recto, virtuoso, altruista respecto del cumplimiento de su deber, o ya sea, un bien perverso, pérfido, canalla, como para recorrer los senderos del delito; de estas dos maneras de asumir y presentarse los actos de voluntad, es que se

puede inferir, siguiendo a Droysen que “la fuerza de la voluntad misma es ya un alto bien moral” porque es un bien que se ha adquirido y no es una facultad, una capacidad. Este grado de cognoscibilidad permite el reconocimiento de la ontología de la persona y el sello que ha impregnado en lo que ha hecho al desplegar su acto de voluntad. De ahí que reiteremos que la fuerza de la voluntad es un alto bien moral, es un bien adquirido.

En cuanto a la interpretación psicológica que apunta a ésta “sólo tiene una certeza relativa” y que así acontece en tanto se debe comprender y considerar que “no se puede explicar la marcha de las cosas históricas a partir de los motivos, de la buena o mala voluntad de los actores.” (Droysen, 1983, p. 216).

Todos estos aspectos que se desarrollan en las diversas dinámicas en las que se despliega el devenir humano, con toda esa lucha de contrarios en las que se ven inmersas las personas, poderosas o no, serán solo “un momento en la corriente infatigable de la historia, sólo uno de los medios a través de los cuales se mueven y se realizan las configuraciones del mundo moral: momento que, de todos modos, es en su lugar un medio especialmente eficaz y significativo. En cuanto tal y sólo en cuanto tal lo busca la investigación, lo interpreta la interpretación; no a causa de su personalidad, sino a causa de su significación histórica.” (1983, p. 216).

La tarea de la investigación histórica estriba en desentrañar el lugar que la verdad desempeña “en las grandes comunidades morales y en su progreso” (1983, p. 217), por esa razón es que para abordar esta tarea “ella elige sólo a los que tienen una significación histórica, es decir, cuya vida y quehacer tuvieron un puesto decisivo en el gran contexto de las cosas históricas y, por eso, exige ser investigado en este contexto.” (1983, p. 217).

d) La interpretación según los poderes morales o ideas el ser y quehacer humanos son la expresión y la forma como aparecen las cosas que se piensan como configuración de la verdad, del ser como su expresión y su forma, porque cada ser humano construye su vida de acuerdo con unas condiciones de posibilidad en las que pretende encontrar “la realización de su Yo”, su conciencia en su condición individual, pero esa “conciencia -la de los otros en el mismo tiempo y en el mismo pueblo- tiene en lo esencial el mismo contenido del mismo modo como se igualan en su lenguaje, en sus creencias, en sus usos y maneras de pensar.

Por lo precisado, existe la posibilidad de su comunidad vital social, jurídica, política, la posibilidad de que se sometan al mismo derecho, a la misma ley del Estado, de que ejerzan o reconozcan, al menos como deber, la fidelidad en el matrimonio, la honradez en el comercio.” (Droysen, 1983, p. 218). En esa construcción y configuración participa de todo ese contexto social en el que le correspondió vivir, dentro de un determinado desarrollo de las ideas, con unas maneras de pensar, de ser y de estar en el mundo, y porque además coparticipa en la consumación de “los poderes morales” (1983, p. 218) de su tiempo.

Por un lado, se presenta la realización personal para asumir la conciencia de su época, pero esa conciencia no va a ser una conciencia individual sino colectiva, porque ésta posee en su esencia, similar contenido, así como esa determinada formación histórica posee su lengua, sus creencias, sus usos y maneras de pensar, características que configuran esa determinada

comunidad de vida, en lo social, en lo jurídico, en lo político, que se encuentra inmersa en la Constitución del Estado; que se viva, se actúe y se reconozca en el deber ser de las costumbres de su tiempo.

Los lazos morales se conciben de igual manera en ese contexto social, y a su vez ello va a permitir observar el punto culmen de la evolución de esos poderes morales, que entre otras cosas, son la esencia de la naturaleza humana, su existencia, su elaboración, su desarrollo y su despliegue en la “historia progresiva” (1983, p. 219). Para la historia es esencial que los poderes morales en su contenido progresen y se intensifiquen.

Esos poderes morales que existen y operan porque son esenciales a la naturaleza humana y que con el paso del tiempo, en la evolución de la sociedad, esos poderes morales “crecen y se despliegan” (Droysen, 1983, p. 219), progresan y se intensifican en sus relaciones entre los seres humanos; es el caso presentado por ejemplo, que en investigaciones históricas (también antropológicas y sociológicas), informan haber hallado pueblos correspondientes a diversas formaciones históricas del pasado y del presente, con un “grado muy bajo” (1983, p. 219), que sus configuraciones morales, como costumbres, familia, su sistema de creencias, un sentido del derecho y la justicia, un sentido de comunidad, “en forma aún precaria, de manera tal que el Estado aparece como la ampliación de la familia, que el derecho está sometido a la religión. Tan sólo con el desarrollo progresivo se sondan y purifican estas esferas, y según la altura alcanzada de este desarrollo se expresará especulativamente la autoconciencia de este pueblo en el conocimiento de ella, sea en forma religiosa o filosófica.” (1983, p.219).

Vemos como en todas las comunidades y sociedades humanas se encuentran los poderes morales, los cuales han alcanzado un mayor o menor grado en su estadio de desarrollo alcanzado por ejemplo en las relaciones que surgen dentro de la convivencia humana, como en el caso del matrimonio, las relaciones en la familia, en la comunidad, en el derecho, en el Estado, en la religión, entre otros, “no están normadas de una vez y para siempre por la ética como ciencia” (Droysen, 1983, p. 219), como ejemplo este autor, trae a colación a Aristóteles, quien asumió que para regular “el juicio o la investigación histórica”, justificó el sometimiento y “la esclavitud como un estado necesariamente ético” (1983, p. 219); tampoco dejó Droysen de lado a Tomás de Aquino, quien, para asumir la regulación del juicio o la investigación histórica, recomendó “como deber la eliminación de quienes no creen en Cristo” (1983, p. 219).

Otro ejemplo histórico, no es otro que la posición asumida por Martín Lutero quien condenaba las insurrecciones campesinas que se sublevaban contra las políticas establecidas (McIntyre, 1991, p. 123)

Observamos aquí cómo cada formación histórica, de la concepción de las relaciones y los poderes morales, dado el mayor o menor grado de configuración en su desarrollo, se manifiesta, se expresa y emerge de ella, de esos poderes morales, la consideración de su lectura, de su comprensión, acerca de la altura o grado que en su desarrollo alcanzaron ellas. Así lo explicita Droysen: “El sistema ético de cualquier época es solamente la versión especulativa y el resumen del conocimiento logrado hasta entonces de los poderes morales; es sólo un medio, un intento de conocer y expresar lo devenido y lo que es según su

contenido ético, esto es, según su unidad y verdad, ciertamente una verdad relativa según la medida de lo logrado hasta entonces” (1983, p. 219).

Ese sistema ético, tomado como un medio, como un intento de conocer y expresar lo devenido de una formación histórica y como medio de lo que es; según su contenido ético, vale decir, su unidad y su verdad relativa que dependen del punto o grado de evolución y desarrollo al que se llegó, es la observación y el estudio que lleva a cabo la tarea desplegada por la investigación histórica. Esos grados de desarrollo a los que llega cada pueblo y cada formación histórica en su tiempo, “es un complejo de realizaciones de los poderes morales. Pues sólo por eso son hombres los hombres y no lo son antes. Si lo fueron antes y qué fueron antes, es una pregunta completamente absurda.” (Droysen, 1983, p. 219).

Para la investigación histórica, tal como lo hemos visto en apartados precedentes, es de suma importancia trabajar con los materiales que nos permiten comprender de una determinada formación histórica la expresión de algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época, el mismo rasgo de incontables creyentes; investigación que permite conocer y comprender el grado de desarrollo de las ideas que tenían del Estado, de la familia, del derecho y de su sistema de creencias. Pero el material histórico también permite estudiar “lo que el individuo quiere, hace y labora es su negocio y está dirigido a su presente, no es historia sino que se convierte en historia tan sólo por el modo de la consideración bajo la que lo colocamos y con la que lo concebimos. Tan sólo para la historia es su quehacer un momento en la continuidad del devenir y de los poderes morales, y la investigación histórica lo capta en este contexto de la continuidad y del devenir (...) Con ello adquiere ella líneas que se cruzan, puntos firmes.” (Droysen, 1983, p. 220).

Acerca de esas líneas cruzadas, reiteramos que la investigación histórica elige a individuos que por su vida y su quehacer han ocupado un lugar decisivo en el contexto histórico, en el cual se cruzan dos líneas “la de su presente y sus simultaneidades” (Droysen, 1983, p. 221), y la línea de la configuración del Estado, de la nación, de su sistema de creencias. De tal manera que el punto histórico, su significación radica en observar “cómo su acción intervino en el contexto de aquellos grandes desarrollos (...) investigar y clarificar su significación histórica” (1983, p. 221)

De lo planteado hasta aquí, en este acápite de la interpretación según la búsqueda de los poderes morales o ideas, donde confluye una multiplicidad de los niveles o grados de la moralidad que forman parte del movimiento de la vida humana, y que van a permitir una “serie de preguntas con las que podemos aproximarnos al material existente de un pasado, y podemos acercarnos así porque sabemos que todo ser y quehacer humanos son expresión y forma de manifestación de estos poderes morales. Del mismo modo nos comportamos sin más y sin mucha reflexión en la vida diaria.” (Droysen, 1983, p. 221).

De un episodio singular se pueden deducir relaciones acerca del “grado alto o bajo en que se encuentra una idea moral” (Droysen, 1983, p. 221), por ejemplo, si se toma la familia, se trata de observar cómo educan los padres a los hijos, cómo establecen su relación con los otros, de qué manera lleva a cabo su relación con el dinero, su manera de comprar y su forma de ahorrar, cómo actúa en el campo de la política, en lo religioso, aspectos en los

cuales convergen “una serie de puntos singulares que, unidos en nuestra representación, nos dan una imagen del estado moral” (1983, p.221) de esa familia.

En cuanto más amplio sea el número de trazos singulares encontrados en las esferas morales que brindan los materiales históricos, “tanto más firme y segura nuestra concepción” (Droysen, 1983, p. 222), la cual se ve reforzada en tanto se logra obtener entre esos trazos singulares y sucesivos que se derivan de los actos humanos de voluntad, “las líneas cruzadas de las consecuencias” (1983, p. 222) que surgen de la tarea que despliega la investigación histórica, cuando “se dedica a buscar en qué grado de realización, se muestran en este acontecimiento, en este pueblo, en este tiempo de las ideas morales, cuyo devenir y crecimiento es el movimiento y la vida de la historia (1983,p. 222).

La tarea de la investigación y consideración históricas busca el grado de ejecución mayor o menor donde se logran ver los rasgos de un acontecimiento, los rasgos de una comunidad, que emergen de una temporalidad específica de la interpretación de las ideas morales que devienen de los hechos, es decir, de los actos de voluntad que surgieron por la colaboración entre varios y muchos que se encontraban en situación de enemistad y actuaban unos contra otros; toda esta caracterización se extrae de los materiales que previamente han sido ordenados críticamente, pues ellos dan cuenta de algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época y el mismo rasgo de incontables creyentes; así, toda formación histórica en su crecimiento, desarrollo y transformación, son el sustrato y fundamento de la tarea de la historia.

Para abordar esa tarea propone Droysen, dos explicaciones: 1. Observar los materiales que se tienen dispuestos, es decir, previamente ordenados críticamente para la investigación y el estudio acerca del “estado de las ideas morales tal como se configuraron en aquel presente y hasta llegar a él, y entonces decimos: éstas estaban tan desarrolladas y maduras, aquéllas ideas morales estaban aún opacas y encubiertas. Con ello adquirimos el horizonte ético en el que estaba todo lo que había y ocurrió en este pueblo y en este tiempo, y con ello tenemos la medida para cada suceso individual en este pueblo y en este tiempo” (1983, p. 222). Pero: ¿en qué consiste el horizonte ético? En que las ideas morales de las múltiples formaciones históricas que han habitado el planeta, muestran su emergencia, su evolución, su grado de desarrollo, su madurez, o si esas ideas estaban turbias, veladas dentro de la configuración de ese determinado presente que se estudia en ese “horizonte ético” en el que se encontraba todo lo que había y aconteció en esa determinada población, comunidad o sociedad y que se desprende de los materiales, y de ese paso se deriva el sopesar cada hecho individual en el contexto histórico de un pueblo y de un tiempo.

2. “Buscamos y captamos en el material sobre la situación de entonces los momentos que surgen en él del movimiento progresivo y los ponemos en relación con aquello a donde ellos han llevado y con aquello que ha resultado de ahí. Así sabemos lo que significaron el movimiento de aquel tiempo, las aspiraciones y luchas de los hombres, sus combates, sus triunfos y sus derrotas” (Droysen, 1983, p. 222). El estudio de los materiales permite que entre la situación y los momentos, se establezcan las líneas cruzadas que surgen de ese movimiento progresivo que le va a permitir al historiador conocer el significado y movimiento de unos hechos que ocurrieron en ese tiempo específico que se ha estudiado, las pretensiones, las luchas y las contradicciones, los triunfos y las derrotas en las que se

vieron inmersos los seres humanos que vivieron, gozaron y padecieron las vicisitudes dadas en esa determinada formación histórica estudiada.

Como se ha venido planteando, la investigación histórica es una actividad de tipo empírico que “debe tratar de ser lo más exacta posible, y exacta lo es en la medida en que para la tarea individual, para la pregunta singular que se plantea, debe obtener sus resultados a partir del material críticamente verificado y de una inferencia lo más segura posible” (Droysen, 1983, pp. 223-224).

Se ha denotado como la teoría de la interpretación permite ver “hasta dónde alcanza y cuáles son sus límites” (Droysen, 1983, p. 224), interpretación que muestra la ligazón diversa, condicionada y a su vez sumamente insuficiente respecto del agotamiento de la infinita multiplicidad que presentan las muchas formaciones históricas que han habitado el globo terráqueo en los diversos tiempos.

La empirie de la investigación histórica requiere de la aplicación de un método, el cual es considerado por Droysen como más afortunado porque “es de aplicabilidad más ilimitada y que por eso penetra conquistando tan sorprendentemente.” (1983, p. 224), por tanto, la tarea de la empirie histórica posee su límite y éste no es otro que “está dado en la relación del espíritu investigador” (1983, p. 224)

En esa relación necesaria del espíritu investigador en la tarea que se propone la empirie histórica, entra en juego lo que Droysen ha llamado “la sistemática de lo históricamente explorable” (1983, p. 224), para lograr ese cometido, hemos de recordar que el campo de la investigación histórica es el cosmos del mundo moral, al cual le concierne el estudio “de la vida individual, del ser personal, del libre arbitrio” (1983, p. 225), es decir, ese mundo moral “el del progresar y de la creciente y constante intensificación le está cerrado” (1983, p. 225), es en él donde ella centra su atención.

Llama la atención Droysen respecto al límite que posee el campo de la investigación histórica en el estudio y fundamentación de una determinada formación histórica, en cuanto a que ella “no dispone de la ventaja de que lo que quiere resumir como historia no esté presente y ante sí en toda la amplitud de la existencia. Tiene ciertamente plena comprensión para todo aquello que investiga, porque es humana y expresión de la voluntad y del pensamiento humanos. Pero lo que ha de comprenderse es pasado y ha pasado hace tiempo con excepción de los restos y recuerdos más o menos precarios que aún alcanzan a llegar al presente. Y a partir de estos fragmentos tiene que tratar de reconstruir lo que fue y aconteció y ya no existe, y de reconstruirlo en la representación. Y esta representación que puede obtener, desarrollar y corregir mediante una serie de combinaciones, correcciones y conclusiones, muy lejos de ser el pasado mismo, corresponderá este último sólo en cierto modo, según ciertos puntos de vista y hasta cierto grado.” (Droysen, 1983, p. 225).

El alcance del método del campo de la historia, es comprensible y accesible en el plano del cosmos del mundo moral que comprende “la vida individual, del ser personal, del libre arbitrio” (Droysen, 1983, p.225), pero la tarea de la investigación histórica encuentra en su quehacer un importante obstáculo, o límite infranqueable porque cuando llega al punto en que “lo que quiere resumir como historia no esté presente y ante sí en toda la amplitud de

su existencia.” (1983, p. 225), pero si el historiador posee la comprensión de todos los fragmentos y aspectos que investigó e interpretó de los materiales que fueron de manera previa ordenados críticamente, podrá dar cuenta de cómo concibe la sociedad de ese tiempo; investigar e interpretar que forman parte de ese ver y ese observar lo sentido, lo pensado y actuado voluntariamente por los seres humanos que vivieron en esa formación histórica estudiada. “Pero lo que ha de comprenderse es pasado y ha pasado hace tiempo con excepción de los restos y recuerdos más o menos precarios que aún alcanzan a llegar al presente” (1983, p. 225).

La tarea de la historia consiste en reunir, en tomar esos fragmentos, de esas partes del sentir, del pensar y de los actos humanos de voluntad estudiados en los materiales y que permiten observar de una formación histórica: algo general, el genio de un pueblo, la opinión de una época y el mismo rasgo de incontables creyentes, a fin de “tratar de reconstruir lo que fue y aconteció y ya no existe, y de reconstruirlo en la representación” (Droysen, 1983, p.225), la pregunta que de inmediato se desprende es ¿Cómo se accede a la reconstrucción de la representación de ese momento histórico estudiado?, ello se puede lograr, desde la perspectiva de éste autor, partiendo de tres procesos: el de la obtención (del material ordenado críticamente), el del desarrollo (estudio y comprensión), y la corrección (escritura y revisión de lo reconstruido), pero estos pasos o procesos, a su vez están mediados por tres series: la del combinar (los diversos fragmentos que contienen los materiales), la del corregir (comprensión y relectura), y la del concluir (la concepción, la mirada que el historiador extrajo del comprender ese cosmos moral que se estudió en una determinada formación histórica); pero esta reconstrucción “muy lejos de ser el pasado mismo, corresponderá éste último sólo en cierto modo, según ciertos puntos de vista y hasta cierto grado” (1983, p. 225).

Ese obstáculo o límite infranqueable de la investigación histórica, es comprensible para esta empirie si se tiene en cuenta que la objetividad solo se pregona en la sistemática de lo que es explorable por las ciencias naturales. De tal forma que la historia no es un campo de tipo objetivo, como sí es la ciencia de la naturaleza; a ella, a la historia le interesa emprender la tarea que apunta a comprender el saber que de los pasados “tiene el espíritu humano” (Droysen, 1983, p. 225), saber que se constituye en “la única forma en la que los pasados están como si no hubieran pasado, en la que los pasados aparecen como algo que tiene contexto y que es significativo en sí, como historia.” (1983, p.225). Es de suma importancia para la tarea de la empirie histórica hacer claridad respecto del dominio y alcance de su competencia y respecto de lo que puede captar de su dominio, aquí emerge, “la sistemática de lo explorable históricamente” (1983, p. 226).

Vemos como la empirie de la investigación histórica se centra en comprender el saber que de los pasados adquiere el espíritu humano, saber que se constituye en la única forma de que los pasados estudiados revivan en el presente del que se ha partido para ser analizados y reconstruidos en su significancia y en su contexto histórico.

Si bien es cierto que el campo de la empirie histórica tiene deficiencias respecto de que no posee bases fundantes en qué apoyarse para emprender la comprensión de “los comienzos de la vida histórica y sus metas” (Droysen, 1983, p.226), no obstante este obstáculo, este límite es superable o subsanable por los estudios históricos cuando se especifica y se observa que su tarea debe prestar atención “sobre el ámbito para el que es competente y

sobre lo que le es captable en dicho ámbito. De ahí la sistemática de lo explorable históricamente” (1983, p. 226).

La tarea de la investigación histórica, su fundamentación sistemática y su escritura, se han visto perjudicadas en su caracterización historiográfica, cuando se les ha considerado como un arte, como una parte de las “bellas letras” (Droysen, 1983, p. 337), que fundan su valor en el “aplauzo que reciben del llamado público culto” (1983, p. 337), así como la reiteración de las aportaciones por ejemplo del historiador alemán Leopold von Ranke en la primera mitad del siglo XIX (Carr, 2010, p. 79), y continuado por historiadores ingleses y franceses, tras argumentar la objetividad de la historia, tras afirmar que se debía dejar a los hechos que hablaran por sí mismos y que no había necesidad de comprenderlos, sino que había que intentar obtener “la mayor claridad y vivacidad posible en la exposición” (Droysen, 1983, p. 337); estos planteamientos y manera de presentar a la historia, han conducido a que esta región del saber humanos, sea tomada por el público, como si se estuviera leyendo una novela y, como lo hemos venido demostrando a lo largo de este estudio, el quehacer de la tarea de la investigación histórica se encuentra muy alejada de ver y percibir la historia como si fuese una narración.

El estudio de los acontecimientos que aborda la investigación histórica, no pueden presentarse como una narración, dado el grado de dificultad que presenta su comprensión y estudio. La especificidad de la historia, al igual que “cada ciencia es, por su propia naturaleza, esotérica y tiene que seguir siéndolo. La mejor parte de todo conocimiento es el trabajo del conocer” (Droysen, 1983, p. 337).

Por la característica que presenta la esencia de una cuestión que se estudia, posee más de una manera de proceder en la exposición de lo que se logró comprender en el decurso de la investigación histórica, dado que su tarea no crea el pasado “sino algo cuyos elementos, por más latentes y ocultos que puedan estar, se encuentran en nuestro presente. Al dilucidar y explicar a través de la investigación, estas ciertas cosas de nuestro presente, desarrollamos riquezas latentes de nuestro presente y mostramos cuanto más está contenido en ellas que lo que se ve en la superficie. La ocupación con estas cosas, como lo hemos visto, de tipo investigador. Por lo tanto, estas investigaciones son siempre ambas cosas a la vez: enriquecimiento del presente y dilucidación y explicación de los pasados.” (Droysen, 1983, pp. 337-338).

La tarea de la investigación histórica permite denotar como cada presente, contiene rasgos que por muy ocultos que puedan estar, devienen de otras formaciones históricas anteriores, en mayor o menor grado de avance o retroceso de ese cosmos moral que de una época dada se estudia y comprenden desde la investigación y que confluyen en ella, como quiera que permiten enriquecer el presente y a su vez desentrañar, indagar, aclarar y explicar los acontecimientos que emergen de una formación histórica pasada.

La comprensión que aflora de la tarea y trabajo de la investigación histórica, permite que pueda ser adoptada una concepción que aparezca de nuevo en el raciocinio, en la agudeza del genio, la evocación de un acontecimiento que otrora tuvo fuerza y potencia en ese presente que ya no es; y como segundo aspecto, de esa tarea emerge el desarrollo y la

fundamentación enraizada del presente y el conocimiento y comprensión del mismo. De ello se derivan diversas maneras de presentar y exponer lo investigado.

Se ha denotado aquí que posterior a la tarea de la investigación histórica, el paso a seguir es exponer lo hallado, presentando la investigación de tal manera que “dé como resultado justamente lo especial, la respuesta a esta cuestión, la causa de estos efectos, la finalidad de esta acción. Por lo tanto, esta exposición es una mimesis de nuestro buscar y encontrar.” (Droysen, 1983, p. 338).

Ahora bien, la exigencia didáctica de la historia, permite que emerja y se geste la justificación de la historia mundial de lo pasado y su fundamentación histórica como un propósito de comprender de manera íntegra el devenir humano. Aquí, la cuestión que emerge. “¿es posible una tal *presentación didáctica* de la historia?” (Droysen, 1983, p. 378). La respuesta que aproxima este autor es que lo crucial para la didáctica estriba en captar “el todo y este todo, desde el punto de vista de la educación del género humano” (1983, p. 378). En esta perspectiva y proceder se encuentra la mirada del presente, conforme lo presenta la forma “narrativa...que concibe lo esencial y la suma del pasado desde el punto de vista alcanzado aquí y ahora y explique y profundice lo ahora alcanzado como el resultado de los pasados vividos y lo que es y ha sido adquirido en el presente, a través de su devenir.” (1983, p. 378).

Ese resultado de los pasados vividos que se lleva a cabo a través de la investigación histórica, no tiene la pretensión de mostrar un desarrollo definitivo de la humanidad y que se pueda fijar de una vez y para siempre, puesto que se estaría incurriendo en esa “objetividad de eunuco” (Droysen, 1983, p. 354), como si la vida humana no estuviese en todo momento en devenir, cambio y transformación de todos los asuntos humanos y con ello se estaría firmando el acta de defunción del proceder educativo; porque ella, “la educación, es decir, el poder didáctico de la historia, carece de sentido sin una permanente elaboración y desarrollo de su conocimiento.” (1983, p. 379).

Al respecto, la pregunta que emerge en esta discusión es, “¿dónde está la forma de este tipo de concepción histórica?” (Droysen, 1983, p. 379), aquí entra en juego la manera como se perciba el estudio, de la tarea de la investigación de la historia mundial, categoría que permite incluir todas las formaciones históricas y civilizaciones que han habitado el planeta en el devenir del tiempo y su expresión y concepción ética del mundo, que permita considerar los pasados, que a su vez permitan aclarar y enriquecer el presente “y las futuras generaciones sean elevadas al nivel de la educación y profundamente elaborada en la que ingresan” (1983, p. 373). Al final de este estudio se tratará la categoría de la historia mundial.

La manera adecuada de la exposición didáctica “es la enseñanza histórica de la juventud (...) a través de un maestro que se mueva libremente y con plena intelección de los ámbitos históricos que domina y, enseñando en nuevas versiones y giros dé testimonio de su importancia” (Droysen, 1983, pp. 379-380), de la enseñanza histórica mundial. No procede la enseñanza del conocimiento histórico que apunta a nombres y fechas, de datos económicos, políticos y culturales, que deben aprenderse en el proceso de la educación, para ser luego señalados en la resolución de un examen, sino que, al centrarse en el estudio,

enseñanza y aprendizaje de una determinada formación histórica específica se entremezclan, la relación con la lógica, la relación con lo empírico y su observación, y el devenir histórico.

Ahora bien, en el proceder de la exposición didáctica el objetivo es “el de la educación, el de la vivencia espiritual posterior de los estadios de desarrollo que ha realizado el género humano” (Droysen, 1983, p. 381). En el caso de la escuela primaria, se presentan y enseñan “los grandes tipos esenciales” (1983, p. 381), es decir, la presentación de las múltiples formaciones históricas que habitaron el planeta, dentro de la consideración de la historia mundial, sin excluir ninguna civilización, mostrando sus avances, y sus retrocesos, porque, como se ha señalado en el decurso de esta investigación, la vida en la historia se presenta de manera progresiva y en algunos periodos de manera regresiva.

La enseñanza y aprendizaje de la historia se amplía y profundiza en la universidad, como quiera que la formación (enseñanza y aprendizaje) del conocimiento histórico posibilita el acercamiento a conocimientos en administración, conocimientos de economía de mercado y economía política, conocimiento de la Constitución Política del Estado de que forman parte los estudiantes, las luchas que se presentan entre los diferentes sistemas religiosos y el Estado, al igual que el desarrollo científico en la historia de las ciencias y de las técnicas, hasta las tecnológicas y bioquímicas, así como del desarrollo artístico y estético que emergen del estudio de las diversas formaciones históricas.

Lo esencial en la educación, en la formación del saber histórico, su enseñanza y su aprendizaje, debe permitir el que cada estudiante perciba con conciencia y comprensión que el estudio y conocimiento que permite el acercamiento a las diversas formaciones históricas anteriores, le permiten reconocer lo devenido de ellas en el presente; comprensión que desde esa formación de su conciencia histórica pueda conocer, entender y distinguir cualquiera de los ámbitos del cosmos ético, así como también, la comprensión y entendimiento del contexto del desarrollo, o retroceso de esas formaciones históricas estudiadas.

El ejercicio de la educación centrada en la enseñanza y en el aprendizaje, se centra, por un lado, la actividad teórica permite la comprensión del progreso humano a través de la observación y constatación del mismo, por otro lado, en la actividad práctica, la orientación apunta a la posibilidad de la intervención y colaboración que actúa en el devenir y para acceder a ello se requiere de “reconocer, prever, calcular y utilizar este movimiento” (Droysen, 1983, p. 382).

En consecuencia, el saber de la educación al poner en juego la enseñanza y el aprendizaje debe permitir la condición de posibilidad de establecer “de qué manera, en qué dirección, hay que seguir avanzando, cómo hay que elegir y decidir en los casos de duda. Así resulta para nosotros la cuarta forma: la exposición discusiva” (1983, p.382).

Conclusión:

El presente ensayo me ha permitido acceder a una mejor percepción y comprensión de los procesos relativos a la fundamentación sistemática de la investigación histórica y su

enseñanza, teniendo en cuenta el trabajo que desde la filosofía de la historia realiza Johann Gustav Droysen, quien asume un estudio juicioso y sistemático histórico- filosófico y lógico-científico, al igual que la recepción que lleva a cabo desde la hermenéutica de la historia.

Así las cosas, este trabajo me permitió percibir y comprender la tarea que se realiza en la investigación histórica, como una actividad del conocimiento humano complejo, de mucha atención y mucho juicio en cada una de las fases que se requieren para llevar a cabo el estudio, comprensión y fundamentación sistemática de la investigación histórica y su enseñanza.

Referencias

Carr, E. (2010). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel.

Dilthey, Wilhelm. (1944). *El mundo histórico*. México: F.C.E.

Droysen, Johann Gustav. (1983). *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona: Editorial Alfa.

Fueter, Eduard. (1953). *Historia de la historiografía moderna II*. Buenos Aires: Nova.

Gadamer, H-G. (1977). *Verdad y método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones sígueme.

Hobsbawm, Eric. (1998). *Sobre La Historia*. Barcelona: Ed. Crítica.

MacIntyre, Alasdair. (1993) *Historia de la ética*. Barcelona: Paidós.